P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**UN SACERDOTE Y UN OBISPO
SOBREVIVIENTES DE CÁRCELES
NAZIS Y COMUNISTAS**

S. MILLÁN – 2024

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

HERMANN SCHEIPERS

Primeros años.

La crueldad en acción.

Arresto y prisión en Leipzig.

Al campo de Dachau.

La situación en Dachau.

Los sacerdotes.

Los transportes de los inválidos.

Experimentos médicos.

Bernhard Wensch y Karl Leisner.

Salado de la muerte.

Últimos días.

Huida a la libertad.

Conclusión.

JOAN PLOSCARU

Introducción.

Un caso concreto.

En la cárcel.

Guardias compasivos.

Con Jesús y María.

Amigos de la soledad.

Hechos extraordinarios.

El final del obispo Ioan Suciú.

Siguen en la cárcel.

 Cárcel de exterminio.

Mozo en la fábrica de muebles.

La liberación.

Vigilado permanentemente.

Conclusión.

INTRODUCCIÓN

En este libro voy a exponer algunos rasgos significativos de la vida del padre Hermann Scheipers, alemán, que tuvo que padecer varios años de cárcel con los nazis y con los comunistas de Alemania oriental. Y también sobre la vida de Joan Ploscaru, obispo greco-católico de Rumania, que pasó 15 años en prisión por no firmar la unificación de esta Iglesia católica con los ortodoxos rumanos, que dependían de Moscú, lo que también pasó con los greco-católicos de Ucrania, República checa, Eslovaquia...

Sus vidas estuvieron marcadas por el sufrimiento. Sometidos a toda clase de humillaciones físicas y morales. Con largos interrogatorios, pasando muchos sufrimientos y en algunos casos torturas, sometidos a veces al régimen de castigo en una celda húmeda, maloliente y sin comida durante tres o más días. Ellos supieron afrontar la situación confiando en Dios, en quien pusieron su esperanza, de modo que la fe les daba fuerza y valor para seguir sufriendo por amor a Dios, ofreciéndole su vida.

Precisamente el valor de la fe en esos momentos difíciles en que se ve la muerte de cerca es la gran esperanza de los prisioneros creyentes, sometidos a torturas y a vivir el día a día sin esperanza y sufriendo el hambre, el frío, el cansancio de los trabajos forzados y, a veces, incluso del desaliento, que se apoderaba de ellos en momentos en que parecía que nada tenía sentido. Su mayor alegría era la misa, cuando podían celebrarla. Pero sus oraciones constantes eran su energía espiritual que, a pesar de todo, les hacía superar el desánimo, que les atacaba con el hambre, el cansancio y los dolores físicos.

Podemos decir que para ellos el tener fe fue el gran tesoro que les dio valor para no ceder ante el chantaje. El deseo de liberación no fue tan grande como para hacerles caer en la tentación de renunciar a su fe o ser espías de sus compañeros o aceptar lo que iba contra su conciencia y fe católica.

Sus vidas son un ejemplo de fe y fortaleza en la adversidad. Pidamos a Dios que nos dé la fuerza necesaria para superar las tentaciones en los momentos difíciles y podamos ofrecerle la vida, si fuera necesario, antes que renunciar a nuestra fe.

HERMANN SCHEIPERS¹

PRIMEROS AÑOS

Nos dice: Nací en 1913 y viví con mis cuatro hermanos en una familia pobre, pero profundamente creyente. Mi padre era funcionario de correos, fue soldado en la primera guerra mundial y regresó a casa al caer herido en batalla. Recuerdo que a los cuatro años pasé por primera vez en mi vida mucha hambre. Los soldados regresaban abatidos después de la derrota de la primera guerra mundial. El hambre que pasé me preparó para la segunda hambruna que debía soportar en el campo de concentración. La tercera vez que pasé hambre fue a mi vuelta a la diócesis de Meissen en la primavera de 1946. Durante algunos años, fui acólito en la parroquia y en dos conventos. Mi madre me contaba que la familia de mi tío Hermann era del campo, muy pobre, y tuvo dificultades en el camino para llegar a ser sacerdote. La admiración por mi tío sacerdote permaneció en mí incluso durante los años de adolescencia. Durante mis estudios en Münster (1932-1936) viví de cerca la brutalidad creciente de los nacionalsocialistas: persecuciones a opositores políticos, prohibición y disolución de todas las instituciones democráticas y de organizaciones católicas, la quema de libros en la plaza de la catedral y las leyes antijudías de Nüremberg. En el mercado principal escuché gritar a los soldados: *Alemania, despierta; Judíos, morid*. Ya desde 1932, al término de mis estudios de bachillerato, comenzó de forma inadvertida el lento ascenso de Hitler y con ello el ataque al cristianismo y a la Iglesia, llegando a su culmen en la segunda guerra mundial. El Estado nazi exigía a sus ciudadanos siempre algo más, no se conformaba con fieles ciudadanos cumplidores de las obligaciones civiles. El nacionalsocialismo no solo era un partido político, además exigía la adhesión a una cosmovisión, en la que el pueblo alemán y la raza aria constituían un valor absoluto.

LA CRUELDAD EN ACCIÓN

Un día terminé sangrando con la nariz rota en la plaza de la catedral. En esta ocasión había asistido a una manifestación de apoyo al obispo von Galen. Las peleas y los ataques a la juventud católica estaban al orden del día y todo aquel ambiente de violencia era el anuncio de las terribles represalias en los próximos años.

Las acciones criminales y crueles de la guerra ya se veían venir con el suceso de la Noche de los Cuchillos Largos el 30 de junio de 1934. En la víspera

¹ Los datos de la vida del P. Scheipers están tomados de su libro: Hermann Scheipers por el *Borde del precipicio*, Ed. Movimiento cultural cristiano, Madrid, 2013.

yo me encontraba tomando el sol junto al río Ems con un grupo de estudiantes de la escuela superior de Neudeutschland. Habíamos organizado un pequeño campamento ilegal, ocupando una parcela de propiedad privada mientras disfrutábamos de unos hermosos días de verano. La única piragua que teníamos estaba ocupada durante todo el día. Mi amigo me dijo: “La noche va a estar preciosa y la barca estará libre. ¿Te apetece dar un paseo esta noche por el río?”. Asentí y montamos en piragua toda la noche con la luna por compañera, que asomaba entre los arbustos de la orilla. Fue una experiencia maravillosa en el silencio de una noche inolvidable.

No podíamos imaginar que aquella misma noche cientos de personas iban a ser asesinadas por orden de Hitler. Las víctimas eran sospechosos, o presuntos sospechosos, opositores incómodos, críticos de los nazis o simplemente cristianos honrados. Entre muchos otros se encontraban: Dr. Erich Klausener, director del ministerio del interior prusiano, presidente de la Acción Católica en Berlín, Dr. Fritz Gerlich, editor valiente de un semanario católico con el nombre “El camino recto”. Todos los domingos vendíamos esa revista a la entrada de las iglesias hasta que se prohibió su publicación en marzo de 1933.

Tampoco nos pudimos imaginar la futura muerte dramática de un compañero nuestro, que acampaba alegremente con nosotros junto al río Ems aquella noche. Pocos años después, aquel compañero, Hermann Lange, sacerdote, fue decapitado en Hamburgo.

Al día siguiente nos enteramos de lo ocurrido por radio y prensa. Nos quedamos conmovidos por el terrible suceso. Hitler se justificaba diciendo: “Ha llegado la hora de la verdad. Tenía que actuar como juez supremo”. Verdaderamente nos llamó la atención cómo el pueblo alemán contempló pasivamente aquel atropello sin protesta ni réplica alguna.

Me acuerdo de una agitada manifestación. Circulaba ampliamente una octavilla secreta del filósofo contemporáneo Dietrich von Hildebrand en la que se leía: Es la hora de la verdad, por fin este asesino se ha quitado la careta y ha enseñado su cara monstruosa. El conocido sacerdote Franziskus Stratmann se había quejado ya el año anterior de cómo los auténticos cristianos no protestaban eficazmente contra la indescriptible afrenta a los alemanes y cristianos. Sólo la conversión y el martirio podían levantar de nuevo el cristianismo.

El estado de ánimo del pueblo alemán queda bien reflejado en el pensamiento del estudiante Alfons Thomé: ¿Será este nuevo canciller responsable con el poder?, ¿Guardará la constitución que ha jurado?,

¿Respetará el Concordato? Entre el pueblo creyente se iba expandiendo una gran preocupación e inseguridad.

Hitler estaba decidido a exterminar y arrancar de raíz el cristianismo de Alemania y dijo: “O se es cristiano o se es alemán; no se puede ser ambas cosas a la vez”, (cfr. Rausching, Conversaciones con Hitler). En 1933 aún se ocultaban las intenciones reales de Hitler. Un amigo sacerdote que enviaron al campo de concentración por predicar el amor a los enemigos me contó que durante el interrogatorio les dijo: “Si me encierran por este motivo, pueden detener a cualquier sacerdote” y le respondieron: “Pues claro, pero aún no ha llegado el momento”.

*Los acuerdos del Concordato de 1933 se violaron sistemáticamente desde el principio, paso a paso. Hasta que por fin llegó un mensaje público del Papa en 1937, la encíclica *Mit brennender Sorge*. Un documento que denunciaba al mundo entero su postura frontal contra la ideología nazi.*

Cada vez se incrementaba más el número de sacerdotes encarcelados por el simple hecho de pronunciar sencillas expresiones cristianas en sus predicaciones. Cualquiera podía ser el siguiente, bastaba con que se cruzara con un delator que lo denunciara.

Sin embargo, la resistencia general del pueblo creyente y de los sacerdotes fue importante. Entre los 400 estudiantes de teología y todo el clero de la diócesis de Münster no había ninguno que fuera nazi o simpatizante. El pueblo creyente enseguida se había dado cuenta de lo que se trataba y siguió más la voz de sus conciencias que las órdenes del Estado.

En mi región natal hubo muchas personas que jugándose la vida ayudaron a muchos refugiados a cruzar la frontera con Holanda, además de ayudar y proteger a personas condenadas a trabajos forzados, desafiando la ley.

Los ciudadanos del pueblo de Dachau metían bocadillos bien envueltos en los contenedores de basura para los prisioneros del campo de concentración, (la recogida de basura era uno de los puestos de trabajo realizado por un comando del campo de concentración).

Muchos cristianos de aquel tiempo tendrán muchas experiencias que contar sobre la ayuda fraterna que brindaban, poniendo en peligro su propia seguridad personal.

No obstante, también hubo entre los cristianos y representantes de la Iglesia los que tardaron en darse cuenta de la gravedad de lo que sucedía y

vivieron engañados. Dicho de otra manera, simplemente no se podían ni imaginar que en nuestra patria fuera a estallar tal maldad y crueldad con una fuerza tan bestial. Para ellos no era imaginable que se estuviera fraguando una persecución anticristiana de este calibre ².

*En 1937 el Papa Pío XI publicó la encíclica *Mit brennender Sorge* en la que denuncia la ideología racista del nacionalsocialismo y la declara incompatible con el cristianismo. Esta encíclica llegó a escondidas a los obispos y sacerdotes alemanes. La Gestapo no se enteró de cómo se había organizado secretamente para ello el clero y dos semanas antes de Pascua se leyó la encíclica en todas las iglesias católicas el mismo día.*

Estando en mi casa durante las vacaciones me encargué de distribuir la encíclica personalmente a las diferentes parroquias del distrito de Steinfurt. Lo hice valiéndome de una motocicleta y con las instrucciones de que se mantuviera escondida hasta el momento de leerlo en misa el día indicado. Era muy importante darlo a conocer todos el mismo día.

De todos mis profesores recuerdo con especial cariño al profesor de dogmática Michael Schmaus. A los primeros meses de haber ascendido Hitler al poder, dictó una conferencia en el auditorio de la universidad sobre el encuentro entre la cosmovisión del nacionalsocialismo y el catolicismo. Al poco tiempo, y sobre todo tras el golpe de Röhm, se distanció clarísimamente del nacionalsocialismo. También recuerdo al profesor Josef Schmidlin que impartía en la universidad Misiología e Historia de la Iglesia. Fue el único que se negó a utilizar el saludo de Hitler. Murió en el campo de concentración de Natzweiler Erlass tras una brutal paliza que le propinaron los hombres de las SS.

Fui ordenado sacerdote el 1 de agosto de 1937 en la catedral de Bautzen. Me enviaron de párroco a Hubertusburg, situado entre Leipzig y Dresden. Mi parroquia abarcaba 150 pueblecitos. Durante el verano de 1938, tuve el primer encuentro con la Gestapo. El movimiento juvenil católico de la comunidad del Quickborn, bajo la presidencia de Heinrich Bachmann, se había camuflado como una asociación de jóvenes. El párroco Max Gewinner les permitió organizar un encuentro en Hubertusburg. Pero, al encontrarse él de vacaciones, fui yo el encargado de organizar el hospedaje y la atención necesaria para acoger a cerca de 150 participantes. A los dos días la Gestapo llegó y disolvió la reunión, lo que seguidamente se tradujo en persecución a la asociación. Fue la primera vez que quedó constancia de haber sido denunciado por la Gestapo y a

² Ib. pp. 9-11.

partir de entonces se ordenó hasta mi detención el 4 de octubre de 1940 tenerme bajo vigilancia ³.

Desde el comienzo de la guerra se me nombró administrador, ya que destinaron a mi párroco al ejército para la atención espiritual de los soldados. Además de sustituirlo, fui también coadjutor en Oschatz. Al atender también a los militares, tenía acceso a todas las iglesias. Yo aprovechaba esa circunstancia para celebrar la eucaristía con alrededor de 200 prisioneros franceses en Calbitz y la homilía solo podía ser leída.

En una ocasión acampó toda la división de infantería en los alrededores de Mügeln y aproveché rápidamente el momento para organizar una misa de campaña en la parroquia del pueblo. Oficié la misa prácticamente sobre la tumba del último obispo de Meissen antes de la Reforma, Johann von Haugwitz.

En varias ocasiones más celebraría la eucaristía para pequeñas unidades militares en los pueblos protestantes. Pero siempre me gustaba ofrecer la oportunidad del sacramento de la confesión, lo que en muchas ocasiones supuso buenos frutos y bendiciones.

ARRESTO Y PRISIÓN EN LEIPZIG

El alcalde y presidente de la agrupación local del partido nazi NSDAP, estaba esperando la primera oportunidad para apartarme de mis tareas. Así pude leer más tarde en las actas del archivo de la Gestapo. Esta oportunidad apareció cuando acogí en mi parroquia un campamento de polacos, que eran obligados a trabajos forzados.

Los hechos sucedieron así: un decreto publicado por el gobierno prohibía a los polacos condenados a trabajos forzados recibir el sacramento de la penitencia y sobre todo participar en las misas alemanas. En mi parroquia había un gran número de estos trabajadores y esta prohibición suponía una verdadera desgracia, ya que participar en la misa dominical suponía para estos esclavos el único rayo de luz en una cotidianidad sombría.

Finalmente decidí celebrar expresamente misa para los polacos, pues esto no se había prohibido. No dominaba bien el polaco y un intérprete me acompañó en mi visita al campamento de Mahlis para ayudarme y traducir el Evangelio al polaco. El policía que controlaba este campamento dio el chivatazo al presidente de la agrupación local y me detuvo la Gestapo de Leipzig.

³ Ib. pp. 12-15.

Con la alianza entre Hitler y Stalin en 1939 llegaron los alemanes-rusos emigrados el S. XIX y se alojaron en el palacio de Hubertusburg; aquello se convirtió en un cuartel, era imposible poder celebrar una misa. Ahora las misas de entre semana las teníamos en una guardería y los domingos disponíamos de un templo protestante que el pastor nos ofrecía para la ocasión.

Tras un registro domiciliario me llevaron a la cárcel de Leipzig el 4 de octubre de 1940. No tenía ni idea a qué obedecía esa detención. Tras dos interrogatorios se me acusó entre otras cosas de lo siguiente: “Scheipers es un peligro para la estabilidad y seguridad del pueblo alemán y del Estado por colaboración amistosa con los enemigos”.

Según ellos, ponía en peligro la seguridad del pueblo y del Estado por no considerar a las personas condenadas a trabajos forzados como infra-personas, como lo hacía la propaganda nazi, sino como hijos e hijas de Dios, a los que me dedicaba con el mismo cuidado y amor que a los alemanes.

Tras tres semanas de detención policial, los prisioneros de la Gestapo solían pasar o bien al Tribunal de la Corte o los internaban directamente en el campo de concentración. Pero yo permanecí seis meses en la cárcel de Leipzig y pronto descubrí durante los interrogatorios que mi visita al campamento de los trabajos forzados fue sólo una buena excusa para arrestarme. La razón de fondo la descubrí cuando me exigieron que renunciara a mi sacerdocio. Esta técnica se solía utilizar con todos los sacerdotes jóvenes.

El interrogatorio era: “su profesión ya no tiene hoy en día ningún futuro; podría ser oficial o ingeniero. ¡Y qué me dice del celibato! ¿Usted me puede explicar qué sentido tiene? ¡No lo entiendo!”. Mi respuesta fue: “Usted, como un hombre de las SS tendría que comprenderlo mejor que nadie. Cuando una persona quiere entregarse plenamente a una misión hay que estar libre de ataduras, y en este caso del matrimonio y familia. Mire usted si no al Führer, se entrega de lleno a su pueblo y tampoco está casado”. Y sin pronunciar una palabra el funcionario cortó el interrogatorio. Respondí de forma espontánea sin pensar la respuesta y me vino a la memoria la cita de Mateo 10,19: Cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo o qué habéis de hablar, porque se os dará en aquella hora lo que habéis de decir.

No puedo quejarme del trato recibido durante el tiempo de mi prisión preventiva. Aquellos policías viejos todavía pertenecían al tiempo de la república de Weimar y me solían poner en la celda con compañeros afines. En dos ocasiones coincidí con pastores protestantes. Mientras, las monjas de la

guardería seguían lavando mi ropa e incluso quincenalmente conseguían introducirme clandestinamente entre la ropa alguna bebida.

Una experiencia terrible para mí fue presenciar la brutalidad con la que eran tratados otros prisioneros. Era una tortura insoportable ver cómo sufrían y no poder hacer nada para impedirlo. Al cuarto mes de estar en la cárcel me nombraron el encargado de la limpieza y esto significaba ver de cerca las torturas que les infligían sobre todo a los polacos y a los encarcelados de Europa del Este. Hasta ese momento sólo me había limitado a escuchar los gritos de los prisioneros que se encontraban en la sección especial de las SS, pero ahora sin embargo veía cómo grupos enteros de hombres que debían ser trasladados a otros campos, se hacinaban en una pequeña celda sin posibilidad ninguna de tumbarse siquiera.

Teníamos que llevarles por la noche la comida, que se limitaba a un cuenco de sopa, a sus celdas, que apestaban, y ver cómo se lanzaban como salvajes del hambre que tenían. ¡Era la única alimentación que recibían durante todo el día! Los más débiles siempre salían con las manos vacías. Tener que ver eso y no poder ayudar pertenece a lo peor de mis recuerdos durante mis primeros tiempos de prisión.

A finales de marzo de 1941 me comunicaron que me preparara para partir con el transporte a la mañana siguiente al campo de concentración de Dachau. Esto me pilló por sorpresa porque yo esperaba mi puesta en libertad, pues el haberme nombrado encargado de limpieza de alguna manera suponía un cargo de cierta confianza que me permitía alguna libertad dentro de la prisión. Por lo que esta noticia me sumió aún más en un gran desánimo. Ese instante lo viví como de los peores momentos, pues implicaba no saber cuánto duraría mi internamiento en el campo de concentración.

Mis compañeros, al igual que yo, pensaban que eso lo podrían averiguar en las actas que se custodiaban en la celda de transporte. Una noche, mientras los policías estaban ocupados con los nuevos transportes que iban entrando, nos organizamos. Los compañeros vigilaban simulando que estaban trabajando con una escoba y un recogedor, mientras que yo supuestamente tenía que limpiar la planta del pasillo de abajo. Cerca de allí estaba la guardia que vigilaba la celda de transporte. Todo iba al dedillo; la puerta no estaba cerrada, entré con mucho cuidado y efectivamente encontré sobre una repisa mi expediente. En ese escrito no pude encontrar ninguna indicación sobre el tiempo que iba a durar mi cautiverio en el campo de concentración. Sin embargo pude leer con asombro la sentencia enviada al Tribunal Superior de Seguridad de Berlín con la acusación que se me imputaba. Destaco lo esencial:

Scheipers es un defensor fanático de la Iglesia católica y por eso un peligro porque puede agitar a la población. Por lo que se le envía a la prisión preventiva de Dachau ⁴.

Quizás fue a partir de entonces cuando mi vocación al sacerdocio alcanzó su sentido más pleno, que me acompañaría toda la vida. Percibía que mi reclusión significaba algo más que un contratiempo con las autoridades del Estado. Me encontraba, literalmente, en medio de un combate entre la luz y las tinieblas, entre Cristo y Satanás. Me preguntaba desconcertado por qué era digno de ser elegido y pertenecer a aquellos discípulos que cargaban con la cruz de Cristo.

He podido conocer a muchos que sufrieron terriblemente con el trato vejatorio al que nos sometieron durante las detenciones. Haber tenido la posibilidad de leer la acusación de la Gestapo hizo posible vivir la detención no como una infamia, sino como algo que pertenece a la vocación sacerdotal y que se le pide a cualquier discípulo de Cristo.

Tenía miedo, claro que tuve miedo muchas veces, pero nunca fue un miedo paralizante, desesperado. Me entregué a Dios y ahora era su amor el que tenía que responder por mí. He podido experimentar en prisión cómo las angustiosas preguntas por la incertidumbre se transformaban en preguntas de asombro ante la presencia de un Dios cercano.

AL CAMPO DE DACHAU

Me trasladaron de Leipzig a Dachau a finales de marzo de 1941. El primer día nos juntaron con un grupo de criminales del penitenciario de Waldheim; ellos ya habían cumplido su condena pero, en razón de la ley vigente sobre Seguridad, prorrogaron su internamiento en el campo de concentración. Otro método era mezclar diferentes grupos de presos; de esa manera los opositores al régimen quedaban incorporados como unos criminales o delincuentes más. Para Goebbels los campos de concentración eran cubos de basura de la nación.

Quando llegamos a la estación de Dachau, bajamos entre golpes y patadas, para a continuación subir a un camión que nos llevaría al campo de concentración.

⁴ Ib. pp. 16-19.

Lo primero fue presentarnos delante del comandante, aún con trajes de civil. Por las formas de dirigirse a nosotros intuíamos lo peor: “habéis sido expulsados de la nación alemana, no tenéis dignidad, estáis indefensos y sin derechos: aquí estáis para trabajar o reventar”. Después pasamos a manos de un grupo de jóvenes de las SS y fuimos objeto de burlas entre palizas y golpes: “Mirad las caras de estos criminales, ¿cuántos antecedentes penales tienes tú?”. Junto a mí había un sacerdote corpulento de Posen: “¡Mirad a este cura cebado!”, y le propinó una patada en el estómago. No habían descubierto aún que yo era sacerdote porque el clérigo no se veía, estaba oculto por el cuello del abrigo. “¿Por qué estás aquí?”. Respondí: “Por mantener relación amistosa con polacos”. Me miró con una sonrisa irónica: “¿Cuántos años tenía la chica?”. Le respondí: “Hombres, no chicas”. Me siguieron interrogando por la edad de los hombres y me sacaron de la fila. Así fue como entré en el campo de concentración sin llevarme una patada o un bofetón.

Jamás en mi vida he sentido la mano de Dios tan cerca como durante los años que pasé en el campo de concentración.

LA SITUACIÓN EN DACHAU

En 1945 había 32.000 presos. El campo de concentración tenía dos dependencias: una para la administración y otra para la economía, además de 30 barracones. El recinto estaba cercado por una alambrada electrificada y todo estaba muy controlado.

Los sacerdotes éramos considerados enemigos del Estado y teníamos en el traje un triángulo rojo. El de los judíos era estrella amarilla, el de los gitanos y pobres un triángulo negro. El verde de los criminales.

Cada barracón estaba dividido en cuatro compartimentos, cada uno para 70 presos. Cuando yo llegué a Dachau, ya eran 150, y en 1945 sobrepasamos las 300 personas por barracón. Los más veteranos del barracón y de cada compartimento, así como los capos (vigilantes de los grupos de trabajo) eran mayoritariamente comunistas. A partir de 1944 nos organizábamos nosotros mismos.

Fuera del recinto había una plantación de las SS, que doblaba la superficie del campo de concentración. Habitualmente un comando de trabajo de unos 1.000 curas trabajaban allí, en jornadas agotadoras. El trabajo era muy duro, no había tiempo de descanso y además en verano se alargaba la jornada. Preferíamos la niebla y el invierno. Los curas también solían ocuparse de trabajos como la limpieza, las oficinas... Por lo general, los comunistas nos

consideraban camaradas y no nos intimidaban innecesariamente. Cuando en ocasiones nos gritaban y pegaban ante la presencia de las SS, lo hacían por su propia seguridad para no perder los privilegios del puesto que ocupaban.

Presenció cómo un comunista ateo ayudó a escribir una carta a un joven extranjero, porque allí sólo se permitía escribir en alemán. Tras redactar algunos párrafos, que de todas maneras no podían ser más que un puro formalismo el chico ya no sabía qué más poner y el comunista, que se llamaba Geschonnek, le preguntó: “¿Tu madre cree en Dios?”, “¿va a misa?”. El chico respondió que sí. Le dijo: “entonces escríbele, que Dios te proteja”.

Pero también se daban casos de gran maldad como por ejemplo en la enfermería. Un marxista asesinó con una inyección venenosa al joven sacerdote Alois Andritzki de Dresden. Se encontraba conmigo enfermo en el barracón de los afectados por fiebre tifoidea. Moribundo pidió la presencia de un sacerdote. La reacción del enfermero fue: “¿Quieres un cura?, ¡Toma una inyección!”. Y acabó sin más con su vida.

Los comunistas sufrieron más que nosotros en el campo de concentración, no sólo por su increencia, sino también por el tratado entre Hitler y Stalin, conocido como pacto de amistad nazi-soviético de 1939. Muchos se volvieron locos llegando a perder sus ideales, ya que Stalin podría haber exigido condiciones y reclamado su puesta en libertad o al menos su traslado a la Unión Soviética.

Rara vez entablaban una conversación religiosa con nosotros, la mayoría de las veces se limitaban a blasfemar sobre nuestras misas. Aún me acuerdo lo que dijo el más veterano de nuestro compartimento al que no le merecía ningún respeto la religión: “Vosotros los curas sois la misma m... que nosotros, pero podéis hacer una cosa: perdonar”. No deja de ser realmente una observación acertada, si así nos reconocía como cristianos⁵.

LOS SACERDOTES

Con gran fuerza brillaban los ejemplos de actitudes cristianas. Un sacerdote que trabajaba de escribiente, recibió un paquete de sus familiares en el barracón ante la mirada avariciosa de los presos y sin pensarlo les entregó el paquete. Un día se les negó a todos los sacerdotes la única rebanada de pan que recibían al día por entregar el pan a otros. Con frecuencia regalaban la

⁵ Ib. pp. 20-23.

rebanada de pan sin tener permiso para ello, tres veces a la semana, a los presos del barracón de los inválidos.

Los sacerdotes estábamos en tres barracones separados del resto del campo por una alambrada. Dos de los tres barracones estaban repletos de polacos y en el tercero estábamos los demás. Himmler ordenó la creación de barracones para los curas tras unas negociaciones entre la Iglesia y el Estado en 1940. Sólo en Dachau debía concentrarse el internamiento de todos los presos religiosos, sin embargo esta orden nunca llegó a cumplirse del todo.

Los polacos fueron acosados de forma brutal sobre todo a partir de 1941-42. Se les prohibió ir a la capilla, pero llegaron a celebrar la misa en secreto durante los descansos para el desayuno, incluso en sus puestos de trabajo. Este hostigamiento cedió durante 1943, aunque se mantuvo la prohibición de entrar a la capilla.

La posibilidad de convivir todos los sacerdotes juntos nos hizo un gran bien. Nos apoyábamos entre nosotros y nos animábamos. Cuando no regresábamos demasiado agotados del duro trabajo de todo el día, compartíamos meditaciones y las Escrituras antes de dormirnos. Rezábamos el rosario y el Vía Crucis en presencia del comunista veterano del compartimento.

La fuente de nuestra espiritualidad la encontrábamos en la capilla donde podíamos celebrar la misa a diario antes de comenzar el día, la mayoría de las veces sobre las tres y media de la madrugada. Y algún que otro domingo podíamos celebrar hermosas eucaristías. El permiso para ir a la capilla sólo se lo concedían a los sacerdotes, los laicos lo hacían a escondidas.

Recuerdo los días del Viernes Santo y la misa de Resurrección en medio de tantas muertes de nuestros hermanos. Experimentábamos la impotencia del ser humano frente a la maldad. Vivíamos bajo la permanente amenaza de una muerte ignominiosa.

El mensaje de Pascua en que Jesús, Dios y Señor de nuestras vidas, nos hacía partícipes de su triunfo sobre la muerte, verdaderamente fortalecía nuestra fe en Él, que no fue vencido por la muerte y transformaba cada amanecer en una nueva esperanza porque en medio de la noche de la muerte podíamos contemplar la eternidad de la Pascua de Nuestro Señor⁶.

Hasta 1944 la misa la tenía que celebrar siempre un mismo sacerdote asignado para ello, pero a partir de entonces podíamos organizarnos entre

⁶ Ib. pp. 24-25.

nosotros. En todo este tiempo presidí la eucaristía en cuatro ocasiones. La instalación de la capilla, así como una donación de breviarios, se debió a la gestión en diciembre de 1940 bajo las órdenes de Himmler.

En Dachau siempre intentábamos ejercer nuestro ministerio allí donde podíamos,, a pesar de que estuviera expresamente prohibido. El separarnos a los curas en otros barracones no nos impedía tener contacto con los demás, sobre todo en los diferentes comandos, en los puestos de trabajo o en las calles del campo de concentración durante los ratos que nos dejaban libres.

Confesar estaba estrictamente prohibido y se castigaba severamente, pero lo hacíamos en secreto y con gran disimulo. Los laicos tenían prohibido entrar en la capilla, pero muy a menudo lo hacían camuflándose bajo la multitud. Conseguíamos sacar la Sagrada Comunión sin que nos descubrieran. Además, el cuidado espiritual lo podíamos desarrollar especialmente en la enfermería, donde resultaba más fácil.

No paraban de llegar masivamente nuevos transportes en 1944-45 para los que ya físicamente no había sitio. Muchos de ellos caían desfallecidos, completamente agotados por las calles. En aquellos años formábamos grupos de sacerdotes que hablaran francés, ruso y polaco y en el gran revuelo que se originaba entre la masa de gente, aprovechábamos para atenderlos espiritualmente. Los hombres de las SS estaban completamente sobrepasados y ya apenas se fijaban, ni nos vigilaban apenas.

El padre Engelmar Unzeitg fue un testimonio de entrega en el seguimiento de Cristo. La guerra llegaba a su fin cuando en enero de 1945 se propagó un brote de tifus y de inmediato se levantaron barracones para aislar a los enfermos. Yo permanecí allí dos días al verme ligeramente afectado y la situación era terrible, indescriptible; los piojos y chinches pululaban y los enfermos de tifus yacían en literas de tres camas. Ser cuidador en la enfermería solía ser uno de los puestos más apetecibles. Era el señorío de los presos comunistas más destacados, el triunfo de sus derechos adquiridos; pero nadie estaba dispuesto, en esta ocasión, a ir al barracón de aislamiento. Una sola picadura era sentencia de una muerte segura.

Fue entonces, cuando la administración de la sección política propuso a los sacerdotes: “¿Quién se ofrece voluntario para cuidar a los enfermos infectados de tifus?”. Uno no se puede hacer la idea de lo que suponía esta pregunta en aquel preciso instante. Lo único que ansiábamos después de tantos años recluidos en el campo de concentración era la liberación. ¡Eran las doce menos cinco! Ya escuchábamos la artillería americana.

La reacción humana era: ¡Lo importante es que yo salga de aquí con vida!, ¿Por qué voy a tener que poner mi vida en peligro por desconocidos que de todas maneras van a morir? El padre Unzeitg no se lo pensó dos veces. Se ofreció voluntario junto a otros 25 sacerdotes. Murió en el preciso momento de la liberación del campo de concentración ⁷.

LOS TRANSPORTES DE LOS INVÁLIDOS

Todas las semanas salía un camión atestado de enfermos hacia las cámaras de gas más cercanas. Sólo en 1942 se transportaron de Dachau a Hartheim (cerca de Linz-Austria) 3.166 presos, de los cuales 336 eran sacerdotes. Al comienzo no sabíamos qué les pasaba a los que se llevaban en camiones, pero cuando descubrimos que de forma sistemática devolvían los trajes, sospechamos las matanzas. La certeza de lo que sucedía la obtuvimos gracias a la correspondencia con los familiares de un sacerdote. Que al preguntarles por la causa de su muerte nos respondieron con asombro, si es que no nos habíamos enterado que había fallecido de un infarto de corazón. Más tarde descubrimos, con ayuda de compañeros que trabajaban en la oficina, que falsificaban los certificados de defunción. De manera que a los familiares se les decía que habían fallecido en Dachau y silenciaban los asesinatos.

En 1943 se comenzó a construir en Dachau una cámara de gas propia. En esa edificación trabajaba de albañil un compañero mío. Por medio de él me enteré de que los sacerdotes polacos decidieron bajar el rendimiento retrasando su construcción y de esta manera sabotearon conscientemente el trabajo. Gracias a esto no se terminó la cámara de gas hasta finalizar la guerra por lo que nunca llegó a funcionar.

En la enfermería había diferentes lugares para experimentos médicos como la malaria. Contaban de sobra con material humano para investigar y seleccionaban sobre todo a polacos (incluidos los sacerdotes); su exterminio formaba parte del programa del partido nazi.

Se quería reducir al pueblo polaco a un pueblo de esclavos al servicio del futuro del gran imperio alemán.

EXPERIMENTOS MÉDICOS

⁷ Ib. p. 28.

La dependencia secreta destinada a los experimentos humanos se encontraba junto a la enfermería y estaba bajo el mando el ejército del aire. Tuve la ocasión de ver lo que allí sucedía. Fue una situación extremadamente arriesgada; de una manera totalmente arbitraria me escogieron junto a un grupo de presos y me trasladaron a ese lugar desconocido para nosotros. Al principio no salíamos de nuestro asombro, nos trataban con un cuidado exquisito. Vimos alimentos que hacía años que no habíamos visto y menos en esas cantidades tan abundantes de leche, huevos, mantequilla y carne. Tampoco nos hacían trabajar (sólo en una ocasión tuve que descargar del camión uniformes del ejército del aire y chalecos salvavidas). Lógicamente ese trato no nos proporcionaba mucha alegría, sabíamos que allí nada se nos iba a regalar.

El capo, un estudiante checo, se interesó por mí y me preguntó por la profesión y la nacionalidad; pero él no podía responder a mis preguntas, quería saber lo que estaba pasando. El estudiante informó al oficial que entró a la estación de control que allí se encontraba un sacerdote. El oficial me preguntó por mi profesión y la razón por la que estaba allí cautivo y le dijo al capo: “Este ni hablar, que se largue”. Aquello fue mi salvación. Un capo yugoslavo que limpiaba me dijo a la salida con un alemán entrecortado: “Dele las gracias a la Virgen María de que puede salir de aquí” y me susurró al oído: “¡No se apene por la comida, alégrese de que salga de aquí”.

Desgraciadamente nunca más he vuelto a ver a ese joven checo, que me salvó la vida pero jamás me podré olvidar de él. Luego me enteré que la comida era para transformar las piltrafas humanas en personas normales y poder realizar con ellos dos tipos de experimentos: 1) Te encerraban en una caja de la que sacaban lentamente el aire para comprobar cuánto tiempo permanece un ser humano con vida con el aire viciado. 2) Te ponían el uniforme de aviación con el chaleco salvavidas, te tiraban a una piscina con el agua helada y tenías que nadar hasta perder el conocimiento y morir congelado (yo vi esa piscina, su dimensiones eran de 8 metros cuadrados y 2.5 metros de profundidad). Este experimento contemplaba la recuperación del preso, que tuviera o no éxito, sólo tenía un interés científico.

1942 fue la peor de las pesadillas. No sólo nos iban denegando todas las mejoras que habíamos conseguido gracias a la ayuda de la Iglesia, sino que también la comida era cada vez peor y las cantidades eran cada vez más escasas. Se multiplicaban los insultos, sobre todo a los sacerdotes polacos y fue el año en que comenzaron a asesinar masivamente. Fue el año en el que hubo el mayor número de víctimas entre nosotros ⁸.

⁸ Ib. pp. 30-31.

BERNHARD WENSCH Y KARL LEISNER

Los transportes a Hartheim se sucedían un día tras otro sin parar. Llegaba el comisionado de la jefatura policial con su lista en la mano y leía en voz alta el nombre de los que tenían que subir como animales al camión. Era terrible. Los candidatos a la muerte podían encarar con fortaleza su destino, porque el padre Conink SJ los había preparado con ejercicios espirituales para afrontar su paso por las cámaras de gas.

Jamás podré olvidar, tres días antes de mi liberación, cuando llamaron a fila al sacerdote Johannes Esch, redactor jefe del periódico Luxemburger Wort. Se despidió de mí con estas palabras: ¡Nos vamos al cielo! Los días que pasé allí esperando a que me llamaran para mi ejecución en las cámaras de gas fueron los días más duros que viví en el campo de concentración. En esas semanas me encontré con dos personas que para mí fueron dos mensajeros de Dios: Dr. Bernhard Wensch y Karl Leisner.

Tengo especialmente presente al Dr. Bernhard Wensch de Dresden, porque cuando me llevaron al barracón de los inválidos, no sólo me llevó a escondidas la Comunión en una cajetilla de tabaco, sino que cuando se enteró de que me iban a llevar a las cámaras de gas, vino protegido por la oscuridad de la noche al barracón y me regaló lo más valioso que tenía, su ración de pan. La que tenía para todo el día, cuatro rodajas.

En realidad yo no debía haber aceptado ese trozo de pan, porque él sufría una terrible diarrea y era lo único que podía comer. Su acción fue irracional. Me regaló, muriendo, su pan. Me habló de los jóvenes de Emaús que reconocieron al Señor al partir el pan. Él me regaló su pan igual que Jesucristo en la Última Cena cuando partió el pan como señal de ofrenda. Pocos días después murió de hambre en la enfermería. Nunca podré olvidar su acto de amor.

Al día siguiente de pasarme el pan, no pudo volver más, porque se encontraba muy débil y por medio de Karl Leisner me mandó escondida en una cajetilla la Comunión: el verdadero pan de la Vida, Nuestro Señor Jesucristo. Ninguno de los seleccionados que se encontraban allí para encontrarse con la muerte podía sospechar que me estaban pasando la Comunión a través de la alambrada.

En 1943 cambió por completo el trato de las SS. Hasta entonces se había impuesto la idea de reeducación del prisionero por medio del terror y las torturas, donde algunos sádicos de las SS no conocían límites y nos repetían que éramos

seres sin dignidad, sin valor, sin derechos. Este año llegó el gran cambio y los campos de concentración se transformaron en campos de trabajo. La nueva consigna era: Todas las fuerzas de trabajo son para la victoria final. Ese año pudimos recibir paquetes del exterior. Para la inmensa mayoría de nosotros eso suponía nuestra supervivencia. Se comentaba que este cambio de mejorar en el trato con los presos fue fruto de las presiones ejercidas por los aliados. Sin embargo, yo creo que es más acertado relacionar este cambio con el empeoramiento de las condiciones de la guerra. Ahora no se trataba de aniquilarnos por medio de un atroz y cruel trabajo forzoso. La situación había cambiado y ahora nos necesitaban con urgencia como refuerzo en la producción armamentística.

Los extranjeros recibían paquetes de la Cruz Roja y nosotros los alemanes podíamos recibir sin restricciones paquetes enviados por nuestros familiares. Con total seguridad el 80% de los sacerdotes hubieran muerto sin esta ayuda entre 1943 y 1945. Además podíamos ya recibir libros, incluso instrumentos de música y, sobre todo, medicamentos para los enfermos.

Mi hermana fue a visitarme, pero se lo negaron. Ella insistía todos los días hasta que le dijeron que hablara con el señor Lärriiz. Con él se dirigió a la jefatura de la policía y pudimos hablar unos momentos en presencia de ese señor. Mi hermana se sintió contenta de haber podido hablar conmigo, tranquilizando a mi familia, especialmente a mis padres.

Llevaba en el campo de concentración un año y medio cuando mi hermano Josef, soldado del ejército del aire, intentó visitarme en la primavera de 1942. Fue allí con la esperanza de conseguir un permiso para verme, pero se lo rechazaron. Por mis cartas mi hermano sabía que yo trabajaba al aire libre. Así que dio un rodeo al campo de internamiento hasta llegar a la plantación de las SS. Allí se escondió detrás de un arbusto para que no lo descubrieran desde los torreones de vigilancia, hasta lograr hablar con un prisionero y preguntarle sobre mí.

Del 80% al 90% de los sacerdotes que estaban allí eran extranjeros y de hecho apenas sabían alemán. Pero por suerte, el prisionero al que se dirigió mi hermano era alemán, y además un amigo, y enseguida le pudo informar.

Para llegar hasta el final de la plantación en la que estaba mi hermano, cogí una carretilla y con disimulo pude alejarme del grupo de trabajo hasta encontrarme de frente con mi hermano. Me preguntó: “¿Cómo te va?”. ¿Qué le podía responder? Tenía el miedo metido en el cuerpo. Miré a mi izquierda y a mi derecha para asegurarme de que no me podía ver el guardia y le respondí: “Vuelve mañana por la mañana a las 10”.

Al día siguiente nos volvimos a ver y le lancé por encima de la alambrada una carta atada a una piedra para mi hermana, en la que le puse tres cosas: Primero, que por ahora no estaba en peligro de muerte pero que eso podía cambiar en cualquier momento. Segundo, que tan pronto me encontrase en peligro de muerte escribiría una carta a la familia con la contraseña: ¿Ha celebrado Hedwig ya su boda? (eso pasaría fácilmente el control de la censura). Y tercero, si llegase ese momento, le pedía a mi hermana que hiciese lo siguiente: que me enviase un traje, dinero, papeles falsificados, unos alicates y si era posible, que dejara una bicicleta junto a la valla de la plantación. Con la idea de cavar un boquete por debajo de la valla con los alicates y oculto tras los arbustos, cambiarme de ropa y huir.

Unos meses más tarde sufrí un desvanecimiento durante el recuento en la explanada y me trasladaron a la enfermería. Como no encontraron la causa de este desmayo el diagnóstico fue debilitamiento físico; y precisamente esto fue mi ruina. En ese preciso momento un médico de las SS estaba haciendo una selección de los candidatos a la muerte. Cuando leyó mi diagnóstico me incluyó en esa lista en la que figuraban los incapacitados para trabajar.

Al principio albergué la esperanza de que pudiera disponer de algún tiempo en la enfermería para recuperarme del duro trabajo. Sin embargo, me trasladaban al barracón de los inválidos por considerarme una persona sin derecho a la vida a la espera de ser transportado a la cámara de gas. El día siguiente era domingo, un día dedicado a la correspondencia y yo me dispuse de inmediato a escribir una carta a mi familia con la contraseña acordada.

La carta pasó sin sospecha por la censura. Mi familia se preocupó mucho y temieron por mi vida. A eso hay que sumarle que unos días más tarde un sacerdote, compañero mío de la infancia en la escuela, también preso en Dachau, le escribió a sus padres (que vivían cerca de mi pueblo natal) una carta diciendo que Männe (mi sobrenombre) tocaba a su fin.

Todos andaban sin saber qué hacer y paralizados por la noticia. ¡Con una excepción! Esa excepción era Anna, mi hermana gemela. No existía ningún precedente en que un preso saliera con vida del barracón de inválidos. En mi caso sí sucedió. Eso fue posible gracias a Dios y a mi hermana Anna. En esta situación, aparentemente un callejón sin salida, tampoco se quedó con los brazos cruzados. Con una convicción inquebrantable creía posible una liberación. Lo arriesgó todo y lo ganó todo.

SALVADO DE LA MUERTE

Cuando mi hermana recibió de Dachau la mala noticia en julio de 1942, y después de hablar con el padre del preso compañero Kóttler, supo que sólo una rápida actuación salvaría mi vida. ¿Pero qué hacer? Lo primero: ¡Ir a Dachau!

Ella consideraba mi plan para huir poco viable, pero no quería decepcionar a su hermano que se encontraba en peligro. Consiguió todas las cosas y con una amiga viajó a Dachau. Lo importante era pasar desapercibida, dar con el sitio que mi hermano le indicó; junto a la valla de la plantación, y poder hablar conmigo.

Pero no se estaban dando las condiciones que yo había previsto cuando planifiqué mi huida. Ahora era un incapacitado para el trabajo y eso significaba que no iba salir con el comando a la plantación. Fueron los presos en la plantación los que le comunicaron a mi hermana que iba a ser gaseado.

Los sacerdotes Bernhard Wensch y J. Rothe se acercaron, protegidos en la oscuridad de la noche, a la alambrada que rodeaba el barracón de los inválidos y me comentaron emocionados: “¡Oye, tu hermana ha estado hoy en la plantación! ¿Qué hacemos?”.

La necesidad agudiza el ingenio, así que les dije: “que uno de vosotros no salga mañana o pasado mañana con el comando de la plantación y se quede en el campo”. Allí me retenían sin ser un inválido, me encargaron de llevar la comida, es decir, que podía salir del barracón y unirme al comando que marchaba a la plantación.

Pero cada comando de trabajo se recontaba cada vez que salía y entraba. Por eso uno se tenía que quedar ocupando mi lugar para que salieran las cuentas. Pero no encontré a ese uno para que se pusiera en mi lugar, ponías tu vida en juego si te quedabas ilegalmente en el campo de concentración para ayudar a un prisionero en su huida.

A la noche siguiente vino de nuevo Rothe para decirme: “Oye, tal como has planificado, la huida resulta imposible. Justo en frente de donde tenías pensado cortar la alambrada han instalado hoy una batería antiaérea. Los soldados que trabajan allí para montar aquello te verán enseguida si te escapas por allí”. Este aviso era una señal de Dios para desistir de esta escapada temeraria en la que, además de ponerme en peligro yo, pondría en peligro a muchos otros.

Ya no me restaba más que enviarle un saludo a mi hermana para despedirme de ella. Es la primera y única vez en que me invadió un sentimiento

de derrota y la convicción de morir -como otros tantos compañeros-, entregando mi vida como ofrenda.

A esta conclusión llegué sin contar con mi hermana (ella contaba con Dios). En el viaje de vuelta en tren, de Dachau a Münster, mi hermana no cesaba de darle vueltas al tema. ¡Tenía que haber alguna manera de salvar mi vida! De repente se le iluminó la cara. Le vino a la mente la palabra que estaba buscando, se trataba de Lärritz, el oficial alemán. Casi se había olvidado de este hombre, pero recordó cómo le había ayudado en otra ocasión, aunque fuera de mala gana. Estaba segura de que era la única posibilidad que tenía para salvar a su hermano.

Para mi hermana aún hoy es un misterio cómo consiguió convencer a nuestro padre para que le acompañara al día siguiente a Leipzig. Mi padre era una persona tímida y muy racional. Según todos los cálculos humanos, ese viaje no podía terminar más que con el mismo resultado que el viaje a Dachau, es decir, que no valdría para nada. Y así lo iba indicando el transcurrir de los acontecimientos.

Mi padre y mi hermana se encontraron con Lärritz, muy malhumorado y que inmediatamente recordó a mi hermana. De forma brusca les gritó a la cara: “¡se podrían haber ahorrado el viaje a Leipzig, yo ya no tengo nada que ver con este asunto: ahora está en manos de la oficina de Seguridad en Berlín”. Con esto se daba por terminada la conversación. Les indicó con claridad que abandonaran el despacho, pero mi hermana no lo hizo. Una voz interior se lo impedía. Ella sabía que aún no había terminado ese encuentro.

¿Quería deshacerse Lärritz de estos incómodos visitantes? ¿quería echarles una mano aunque pareciera inverosímil? o quizás lo que era más probable ¿quería gastarle una broma pesada a su colega de la Gestapo en Berlín y enviarle a esta gente tan pesada e insoportable? No lo podemos saber, pero en cualquier caso dijo: “El responsable de esto ahora es el Dr. Bernsdorf en Berlín, y de paso dejó caer la dirección como el que no quiere la cosa: «en alguna parte de Berlín Oranienburg”.

Además, para atemorizarla le soltó en tono burlesco y amenazante: “Sepa usted señorita que en Münster nuestra gente la está vigilando”. En cualquier caso, esta información no cogió de sorpresa a mi hermana, lo suponía ya desde hacía tiempo.

Los dos fueron a Berlín y cuando estuvieron delante de la casa en Oranienburg, no salieron de su asombro. El edificio no se diferenciaba en nada

del resto de las casas de alquiler del barrio. En la placa el nombre del Dr. Bernsdorf aparecía como uno de tantos del vecindario.

Con mucha precaución y cuidado entraron en conversación con algunos vecinos de la casa y descubrieron que ninguno de ellos tenía ni la más mínima idea de quién se trataba. Detrás del nombre Dr. Bernsdorf se escondía una ramificación del Tribunal Superior de Seguridad del Reich.

A Bernsdorf le sorprendió la visita. Su comportamiento fue exquisito, correcto y respetuoso. Sin ningún rodeo, reconoció que en Berlín él era la máxima autoridad responsable de sacerdotes internados en el campo de concentración de Dachau; incluso les llevó a un gran salón en donde se archivaban todas las actas y se las enseñó. Con una leve sonrisa, haciendo ostentación de su poder, les aseguró que la preocupación por su hijo y hermano estaba infundada y no tenía ningún sentido.

Ana no estaba contenta y le preguntó: “¿Es usted consciente, señor Dr. Bernsdorf, que todo Münster conoce el secreto a voces, de que en Dachau mueren también los sacerdotes gaseados?”.

Esto fue un atrevimiento, un tiro incierto que dio en la diana. Por un lado nadie podía enterarse de lo que estaba sucediendo en Dachau, es decir, los transportes organizados con destino a las cámaras de gas. Y por otro lado había que tener en cuenta que en aquel tiempo todo el mundo hablaba de las famosas homilías del obispo Clemens August Graf von Galen (actualmente beato) denunciando los asesinatos, es decir, las muertes en las cámaras de gas de miles de inocentes.

Los dirigentes nazis intentaban ocultar celosamente a la población todo lo que estaba sucediendo. Maquillando y evitando en lo posible todo aquello que se pudiera interpretar como un ataque a la Iglesia. Intentando que no llegara especialmente a los soldados que luchaban en el frente.

Ahora el Dr. Bernsdorf, que antes parecía tan seguro de sí mismo, se puso visiblemente nervioso y se mostraba muy intranquilo. Mi hermana se dio cuenta que, llevando esta situación al límite, había cosechado un triunfo. Todos los refinamientos tácticos del Dr. Bernsdorf ahora no le valían de nada. Puede jurar y perjurar cuantas veces quiera, le martilleaban de forma incesante aquellas palabras: en Münster y toda su región se dice... todas las personas creen... se comenta por todos que en Dachau...

Finalmente se rindió. Fue a una habitación adjunta y habló con un oficial. Ambos volvieron y uno dijo: “Confíe usted, que a su hermano no le va a pasar

nada». Ahora venía el paso decisivo y Anna Scheipers volvió a la carga: «¡Sí, eso lo puede decir cualquiera. No abandonamos esta habitación hasta tener la completa seguridad de que mi hermano está fuera de peligro!».

Los hombres de las SS se cruzaron la mirada. Uno de ellos volvió a la habitación y descolgó el teléfono, de manera que mi hermana podía escuchar la conversación. Tras la llamada a la oficina administrativa de Dachau volvió a la habitación donde nos encontrábamos y nos comunicó: “¡Dentro de tres días recibirá una carta de su hermano diciendo que se encuentra bien!”.

Por fin mi hermana se dio por satisfecha con la respuesta. Ella y su padre volvieron a Ochtrup, su pueblo. Efectivamente, en pocos días llegó la deseada carta desde Dachau con la buena noticia de que Hermann se encontraba bien.

¿Qué fue lo que sucedió? La noche del 13 de agosto de 1942, exactamente el mismo día en que se mantuvo la conversación en Berlín, llegó un mensaje enviado por orden de la administración del campo y abrió de un golpe la puerta del barracón de los inválidos gritando: “¡Todos los sacerdotes alemanes fuera de aquí!”. Sólo cuatro pudimos abandonar ese barracón, los demás sacerdotes ya habían sido asesinados. Era la primera vez que esto sucedía. No había precedentes de volver de aquel lugar con vida.

Esto hizo perder el miedo a entrar en este barracón. Muchos hasta entonces no se atrevían a decir que se encontraban enfermos. Preferían acudir al trabajo con fiebres muy altas para evitar el peligro de ser seleccionados y enviados a las cámaras de gas.

La alegría fue aún mayor, cuando esta orden se hizo extensible también a los sacerdotes no alemanes. A partir de entonces los curas en Dachau escaparon de la maquinaria asesina del barracón de los inválidos. Hasta esa fecha, 13 de agosto de 1942, habían sido gaseados un total de 336 sacerdotes.

Se pueden calcular los sacerdotes que hasta finales de 1944 hubieran muerto si no se hubiera producido la valiente intervención con la actitud y valor inquebrantable de mi hermana en la oficina de la Gestapo de Berlín. Salvando a su hermano, salvó a todos los demás.

Esto llegó a los oídos de Heinrich Wienken, siendo obispo primero de Meissen y luego obispo mío. Quedó profundamente maravillado, porque por entonces él fue el portavoz de la Conferencia Episcopal Alemana durante el III Reich. Me dijo personalmente: “Tiene usted una hermana muy valiente, en mi vida me he encontrado con una joven así”.

A propuesta de Klokkenbusch, anterior párroco de Welberg y que también fue prisionero de la Gestapo durante el nazismo, se le concedió a mi hermana en Roma en 1987 la condecoración de la Orden Pro Ecclesia et Pontífice y en noviembre de 2002, junto a su hermano, la Cruz Federal del Mérito.

ÚLTIMOS DÍAS

La guerra llegaba a su fin y nosotros comenzamos a pensar sobre nuestro futuro y el de la Iglesia. Presentíamos el sufrimiento y la angustia que iba a irrumpir en nuestro pueblo tras perder la guerra. Muchos prisioneros de los campos de concentración de las naciones cercanas -también sacerdotes-, rechazaban y sentían un profundo desprecio por Alemania sin querer darle una nueva oportunidad para el futuro.

A Polonia también se le negó el futuro con la implantación del régimen comunista tras liberarlos del nazismo. Algunos sacerdotes polacos amigos se exiliaron a Francia y ejercieron allí su ministerio durante 20 años. Me aconsejaron irme a Francia, pues allí, según ellos, todo sería más fácil y no en un país vencido y derrotado como Alemania. Con firmeza decliné esta invitación. Yo quería servir a mi pueblo que ahora debía sufrir su penitencia por su iniquidad del pasado.

El desenlace en Dachau fue cruel. A partir de enero de 1945 el campo se desbordó con presos, llegando a extremos insoportables. Además se desató una plaga de tifus. De todas partes llegaban deportaciones procedentes de otros campos. Estas evacuaciones obedecían al cerco cada vez mayor de los aliados, que avanzaban tanto por la frontera del este como del oeste.

El último territorio que se perdió fue el sur de Alemania. Todas las evacuaciones tenían por destino Dachau. Se llegó a un extremo insoportable de inhumanidad; teníamos que pasar por encima de cadáveres y moribundos para entrar al barracón. En los barracones ya no quedaba sitio, todo estaba atestado de personas. Muchos de ellos llegaron en camiones al descubierto, de manera que muchos murieron congelados de frío o de hambre durante el trayecto.

A Karl Schimdt, salesiano, le ordenaron ayudar a descargar los camiones. Cuando volvió al barracón tenía la cara desencajada de espanto: algunos habían comido trozos de cadáveres de sus propios compañeros.

HUIDA A LA LIBERTAD

En 1945 se convirtió aquella muchedumbre en algo insoportable. En esa misma medida crecía en nosotros la esperanza de recuperar nuestra libertad. En cuanto Himmler dio la orden de que ningún prisionero debía caer con vida en manos de los aliados comencé seriamente a calcular las posibilidades que tenía para huir.

El mayor problema lo presentaba el uniforme de prisionero. Las fábricas habían sido bombardeadas y hacía ya tiempo que los uniformes escaseaban. Eso significó que a partir de 1944 todos los comandos de trabajo dentro del campo iban vestidos de civiles. En la sastrería cortaban cuatro agujeros en la espalda y se sobrecosía una gran X de tela. A un fugitivo se le reconocería por los cuatro agujeros o por la X en la espalda. Los pantalones los rompían por la izquierda y por la derecha y se volvían a coser con unas tiras. La gorra tenía que estar marcada con una raya de pintura roja.

A cambio de comida organicé un traje que no estuviera aún marcado por la sastrería ni con la X ni con las tiras en los pantalones; yo mismo cosí las tiras y señalé en rojo la gorra. Al atardecer vimos cómo a los presos ilustres se los llevaban en autobuses para iniciar la marcha de la muerte. Entre esos presos ilustres se encontraban el párroco Niemöller, el general Halder, el primer ministro francés León Blum, el antiguo jefe de gobierno austríaco Schuschnigg con su esposa e hijos; Neuhäusler, el obispo auxiliar de München y el obispo Gabriel Piguet de Francia.

El 26 de abril de 1945 madrugamos para estar listos en el recuento antes de la evacuación. No nos pusimos en marcha hasta las 22'00h. En total éramos 7.000 presos, agrupados de 100 en 100, entre los que también se encontraban los sacerdotes.

Cada grupo de 100 iba custodiado por dos hombres de las SS y un perro. Mi plan era escaparme en la primera ocasión, pero había luna llena y no veía llegar el momento. La caminata pasaba por Gauting y Planegg en dirección Starnberg. Todo hacía suponer que nos dirigíamos hacia los Alpes, pero nadie sabía nada.

Se nos ordenó construir allí una fortaleza para la defensa de las SS. Sería el último bastión de Alemania. La mayoría llevaban zuecos, y no podían caminar más por su extrema debilidad y agotamiento, así que se les sacaba de la fila y les pegaban un tiro. Cuando la marcha atravesaba los pueblos, sus habitantes abrían los ojos horrorizados ante el espectáculo dantesco del que eran testigos. Muchos de ellos querían acercarse a darnos un poco de pan y agua, pero los SS

lo impedían y en más de una ocasión les tiraban de un manotazo el cuenco con agua al suelo.

La marcha sólo se hacía de noche para que no fuéramos demasiado visibles y durante el día se descansaba. En uno de esos descansos tomé la decisión de acometer mi huida. Pensé que aquellos guardias que nos vigilaban estarían tan cansados como nosotros. Por la tarde, el oficial de las SS realizó el control rutinario y pasó revista. El guardia más cercano a mí se acomodó y se recostó en el tronco de un árbol a descansar. Entonces me puse en acción; fui avanzando con mucha cautela de árbol en árbol hasta pasar los controles. Tuve suerte y no me vieron.

Eché a correr y protegido tras un arbusto arranqué las tiras de tela que tenía cosidas en la espalda de la chaqueta y de la gorra. El lugar de descanso era en un bosque de haya en el que había mucha visibilidad. Intenté alcanzar una zona de abetos para esconderme. Eché por un caminito que iba paralelo a la carretera. En ese preciso momento pasó un guardia muy cerca de mí. Afortunadamente reaccioné con rapidez; me tiré al suelo detrás de un árbol y, aunque pasó a 10 metros, no me vio.

En ese mismo instante otro guardia me vio de lejos y gritó: “¡Alto!” y pegó dos tiros. No podía seguir en aquel escondite y salí corriendo. Si me hubiera descuidado con los nervios, hubiera adelantado al guardia que acababa de pasar por mi lado. Pero reaccioné rápido y cambié de rumbo introduciéndome en el bosque con dirección a Würm. Busqué un escondite detrás de un arbusto y lleno de angustia esperé a que comenzara la persecución con los perros que iban a soltar.

Después me contarían los compañeros su preocupación por mí tras escuchar los disparos y la orden del guardia: “Guía de perros, adelante”. Esta orden pasaba de guardia a guardia: “Guía de perros, adelante”. Cuando esta orden llegó al guardia que tenía el perro, éste estaba profundamente dormido junto al animal. Se despertó de mala gana, soltando improperios por aquella boca.

Pasado un tiempo me atreví a avanzar un poco más. Pensé que si me comportaba con normalidad y caminaba simplemente por la carretera llamaría menos la atención y así lo hice. Pero me encontraba con un gran peligro, y es que no llevaba papeles. ¡Un hombre de mi edad debía estar o bien en el frente combatiendo o en la fábrica de armamento! Pasé por delante de un molino junto a un merendero. Allí, formando un corrillo había cinco hombres de las SS sumidos en su conversación. Ya no me quedaba tiempo para echarme a un lado y

esconderme en el bosque, y de haberlo hecho hubiera llamado mucho la atención...

Con el corazón en un puño pasé por delante de ellos y no salí de mi asombro al ver que no me echaron cuentas. Después me contaron que un grupo de la resistencia había tomado la emisora militar y emitían ininterrumpidamente por toda la región el siguiente mensaje: Entregad las armas, los americanos están a la entrada de Múnich, el imperio nazi ha caído...

Por la noche, cuando ya me encontraba fuera de peligro (aunque la guerra aún no hubiera terminado), yo mismo pude escuchar la emisora Acción para la liberación de Baviera. Los hombres de las SS tenían ahora otras preocupaciones más importantes que controlar a un joven sospechoso.

Completamente agotado y al límite de mis fuerzas llegué hasta Starnberg. Aquello estaba abarrotado de presos huidos. Lo único que quería era beber agua. Dios me puso en el camino a un joven lituano, estudiante de teología, que, con mucha cautela y en un alemán entrecortado, me contó que huía de los rusos. Finalmente me gané su confianza y me llevó hasta el Dr. Natterer, presidente de la asociación bávara del clero.

Cuando me presenté ante él exclamó: “¿Cómo? ¿Usted es sacerdote? Tiene toda la pinta de haber escapado de la prisión”. Me pude quedar con él. Me escondió hasta la llegada de los americanos, que ya habían liberado el campo de concentración de Dachau.

Mi plan era llegar a Starnberg y desde allí a Aschering, donde un amigo de mi juventud hizo posible que recibiera paquetes con alimentos en Dachau, en los últimos días de la guerra. Estaba en el ejército como médico y ordenó a los soldados envíos en un tiempo que ya apenas nos llegaban paquetes. Este amigo de Ochtuper se fue después de misionero a Brasil, se llamaba August Vorgerd. Allí en aquel pueblo quería recibir a los americanos pero el Dr. Natterer me lo desaconsejó: “En ese pueblecito pequeño se conoce todo el mundo. Sin embargo, Starnberg está lleno de presos huidos y evacuados. Ahí no llamaría usted la atención”.

A las dos horas de haber huido, los nervios y la preocupación por mis compañeros iba en aumento. Pensé en el grupo de los 100 compañeros que iban a pasar por Starnberg hacia el sur. “¿Me puede conseguir algo de comida y sobre todo agua o limonada para dar a los sacerdotes?”. El Dr. Natterer exclamó: “¡Acaba de salir del infierno y quiere volver a poner su vida en peligro!”. Le volví a contestar: “Usted no se puede imaginar en las condiciones en las que se encuentran y no sabemos cuánto tiempo más pueden resistir”. Me

ayudó a vestirme como un paisano anciano, con unas gafas y un sombrero. Me puse en la parte norte de la carretera de Starnberg a esperar a que llegara la marcha de los presos. Durante una hora desfiló delante de mí una centena de hombres, tambaleándose uno detrás de otro, hasta que llegaron los sacerdotes. Uno de ellos me reconoció y exclamó: “¡Scheipers!”. Tras ofrecerle lo que llevaba, me retiré inmediatamente para no llamar la atención de los dos guardias. Abatidos, siguieron su marcha hacia un destino incierto, mientras yo me alejaba ya en libertad.

Su calvario solo se prolongó hasta llegar al pueblo cercano de Wolfratshausen, donde un joven jesuita los liberó con una estratagema. En 1943 este joven jesuita fue expulsado del ejército a raíz de un decreto promulgado por Himmler. Pero por su valentía le habían permitido conservar el uniforme de oficial. A este joven le había llegado la noticia de que iba a pasar una caravana de sacerdotes.

Se puso el uniforme y con un pequeño camión fue a un almacén de alimentos, cargó pan y conservas de carne y lo llevó al campamento. Protegido por la oscuridad subió con mucha rapidez algunos sacerdotes de los que peor se encontraban y los trasladó a la parroquia de Wolfratshausen. Esa maniobra la repitió una segunda vez sin ser visto por los guardias. El resto del convoy fue liberado al día siguiente por el ejército americano.

Al echar la vista atrás en esta dura experiencia, después de 50 años, me invade aún hoy un gran asombro. Al menos en seis ocasiones estuvo mi vida directísimamente expuesta a la muerte; cuando me ingresaron en el campo de concentración, en el comando de castigo, en el barracón de los inválidos, en la estación experimental del ejército de aire, con el brote de fiebre paratifoidea, la epidemia de tifus y cuando huí en la marcha de la muerte.

Una vez que sobreviví, descubrí cómo Dios estuvo presente aún más en estos momentos de mi vida. Pero eso se va descubriendo con el paso del tiempo. Uno atraviesa todos esos momentos como adormecido, experimenta cada momento sin tener una visión global de lo que acontece, hasta que descubres que todo adquiere sentido en plenitud.

Todas aquellas personas que se llevó la muerte se fueron de este mundo con sus deberes hechos. Porque nosotros, a los que nos rondó de cerca la muerte y nos pudimos librar de ella, debemos acoger cada nuevo día esa vida innecesaria que nos ha sido regalada: vivirla siempre renovada, como entrega y tarea. Con un profundo agradecimiento a Aquel que venció la muerte y es Señor y Dios de la Vida.

Los americanos nos facilitaron el pasaporte y demás papeles, pero no nos llevaron a nuestra casa como habíamos esperado y deseado. Tras esperar en vano durante cuatro semanas perdí la paciencia. Personas muy serviciales me prestaron una bicicleta y, junto a un amigo del campo de concentración, nos pusimos en camino y recorrimos los 800 km hasta llegar a mi ciudad natal, Ochtrup. Unos tramos los hacíamos en bicicleta y otros en trenes que transportaban carbón. Deseaba volver pronto para saber si mis padres y hermanos aún estaban con vida.

Vimos los efectos de las bombas en las ciudades de Würzburg y Münster, que estaban destrozadas y calcinadas completamente. Quedamos profundamente aterrados ante este escenario de muerte y desolación.

Durante el viaje, nuestra vida peligraba. Teníamos que tener cuidado para que unos polacos, ahora librados de los trabajos forzados, no nos robaran las bicicletas prestadas. Para llegar pronto a casa eché por un atajo y de repente aparecieron seis polacos en la cuneta y me cortaron el camino. Saludé amablemente en polaco: “Alabado sea Jesucristo, Nuestro Señor” y con la bicicleta a toda velocidad pasé por medio del grupo. Todo fue tan rápido que no pudieron reaccionar y se quedaron perplejos.

Cuando se corrió la noticia por el pueblo de la llegada del sacerdote Scheipers del campo de concentración, se organizó una gran bienvenida. El párroco Rheinhold echó enseguida las campanas al vuelo y al atardecer el coro de la iglesia se reunió delante de mi casa para halagarme con sus canciones. Pero lo más importante, sin duda, fue poder volver a ver mis padres después de cinco años y sobre todo a mi hermana gemela. Ella fue la que, en el momento de mayor peligro, salvó mi vida en el campo de concentración ⁹.

CONCLUSIÓN

El padre Hermann Scheipers sufrió como tantos otros sacerdotes, especialmente en el campo de concentración de Dachau, no solo el hambre y el frío del invierno, sino también el no poder celebrar la misa todos los días como hubiera deseado, ya que la misa era para los sacerdotes el mejor alimento espiritual que podían recibir para poder seguir adelante y soportar los indecibles sufrimientos que debieron soportar. Él soportó los sufrimientos del totalitarismo nazi y, después de la guerra, del totalitarismo comunista de Alemania oriental, pero nos señala también el totalitarismo del capitalismo, que solo piensa en la riqueza y que por el bienestar de unos pocos, condena a la pobreza a muchos.

⁹ Ib. pp. 49-55.

El padre Scheipers escribió: *Sin fe mi vida hubiera estado llena de amargura y resentimiento. Mi compromiso cristiano se ha tenido que curtir en los diferentes totalitarismos. Ahora el totalitarismo capitalista ha conseguido vaciar las iglesias. Se mete en el pensamiento como una serpiente invisible. Un sistema que produce tanta hambre en el mundo para el beneficio de unos pocos, no puede tolerar que los valores cristianos tengan fuerza en la sociedad. Los totalitarismos se van haciendo más brutales, si no existe una sociedad organizada para evitarlo. Cuando la vida humana deja de ser sagrada, todo es posible. En el capitalismo, el poder se va haciendo señor sobre la vida y la muerte de los hombres. Se va aceptando la eutanasia, el aborto, el hambre en el mundo. Unos pocos se enriquecen a costa de la vida de los otros. Los cristianos seguimos siendo hoy un estorbo por la defensa de la dignidad de todo ser humano.*

El padre Scheipers nos habla en su libro por propia experiencia y nos invita a vivir nuestra fe católica en plenitud, ayudando a los más pobres y necesitados para que vivan con esperanza, no solo en el más allá, donde Dios les recompensará por todos sus sufrimientos, sino también para que haya esperanza en el más acá y puedan vivir con dignidad de hijos de Dios, sin rebelarse contra Dios ni contra las estructuras sociales que los marginan como objetos sin valor.

Por eso, vivamos para el más allá, pero ayudemos a los más necesitados en el más acá como hizo Jesús con los pobres, enfermos y desvalidos de su tiempo, dándoles amor, cariño y esperanza. Construyamos entre todos un mundo mejor, donde reine la paz, el amor y la justicia entre los hombres para gloria de Dios y bien de todos. Amén

JOAN PLOSCARU

INTRODUCCIÓN

La Iglesia greco-católica rumana tuvo que afrontar 41 años de persecución (1948-1989) hasta que desapareció el comunismo del país. En estos años el gobierno comunista quiso hacer desaparecer a la Iglesia greco-católica y unirla obligatoriamente a la Iglesia ortodoxa de modo que metió en la cárcel a todos los obispos tanto greco-católicos como católicos latinos y a muchos de sus sacerdotes que no aceptaron la unión. Joan Ploscaru fue nombrado obispo clandestino, pero considerado sacerdote rebelde, fue metido en la cárcel durante 15 años. Su principal acusación era estar en conexión con el Santo Padre de Roma, como si fuera espía del Vaticano. El gobierno confiscó no solo las iglesias, sino también todos los bienes de las iglesias del rito greco-católico. Siete

obispos greco-católicos murieron en la cárcel como mártires, fueron beatificados el 2 de junio de 2019. En las cárceles comunistas se buscó el exterminio de toda una generación de estos obispos por medio del hambre, el frío y el aislamiento. Para los gobernantes comunistas debían ser reeducados para que aceptaran su supresión y la unión con las Iglesia ortodoxa. Dicho con otras palabras, esta Iglesia fue prohibida y condenada a muerte y completamente sepultada durante 41 años, cuando de nuevo resucitó, porque ya existía en la clandestinidad.

En la propaganda del gobierno, aparecía una campaña contra la Iglesia católica en general como agente de los norteamericanos. El ateísmo oficial del gobierno comunista hizo prestar a todos juramento de fidelidad a la República, una vez, que había sido abolida la monarquía. Eso equivalía a aceptar el ateísmo oficial. Jurar erar someterse a sus leyes injustas, suponía aceptar sus normas como la de que debía unirse la Iglesia greco-católica a la Iglesia ortodoxa. Y al no aceptar semejante situación, los obispos tanto greco-católicos como latinos católicos fueron encarcelados y también muchos de sus sacerdotes. Algunos sacerdotes aceptaron la situación y se unieron, aunque interiormente no querían, porque si no lo hacían, los enviaban a Siberia, perdían toda posibilidad de trabajo público e incluso encarcelaban a sus familiares. Recordemos que en las Iglesias orientales los sacerdotes podían estar casados. Eso para muchos fue una atadura difícil de solucionar y, no tanto por ellos, sino para evitar problemas a sus esposas e hijos. Y esto no solo en Rumania, de la que estamos hablando, sino también en Ucrania, República checa y Eslovaquia.

El 30 de septiembre de 1934 y el 15 de octubre de 1934 un icono de la Virgen Madre de Dios con el Niño Jesús en brazos, había llorado, derramando lágrimas en una capilla de los greco-católicos, instalada en una casa rústica. El 25 de junio de 1935 el obispo del lugar formó una comisión de investigación, tomando declaraciones a 144 testigos de los hechos y se concluyó que las lacrimaciones de la Virgen habían sido auténticas. Quizás María quería prevenirles de los dolorosos sucesos que vendrían a partir del año 1948 y les quería dar valor para enfrentarlos.

Para la Iglesia ortodoxa, la unificación forzada, impuesta por el gobierno, fue la peor mancha de su historia, pues aceptaron la expoliación de las iglesias y bienes muebles e inmuebles de la Iglesia greco-católica, no como un robo, como lo era, sino como un premio del Estado comunista.

De este rito católico (greco y latino)había en ese momento de la obligada reunificación 1.800 sacerdotes y de ellos aceptaron 430, pero la mayor parte de ellos no continuaron ejerciendo ministerios sacerdotales, sino que buscaron una ocupación civil. Algunos de ellos después se arrepintieron y regresaron a la

Iglesia greco-católica, hicieron de nuevo la confesión de fe y recibieron la absolución.

UN CASO CONCRETO

En marzo de 1956, cuando fui liberado por unos meses, volví de nuevo a Lugo. Supe que el padre Danciu estaba muy enfermo en el hospital, tenía cáncer de pulmón. Me fui a visitarle. Habiéndonos quedado unos momentos solos, le dije que había venido por su causa, ya que estaba gravemente enfermo y tenía que prepararse para la muerte. “Lo sé me dijo él, pero no quiero que lo sepan los míos, para no entristecerles más”.

Los suyos sabían la verdad y el final implacable, pero intentaban protegerlo. Se engañaban recíprocamente, como sucede de costumbre cuando se tiene miedo a la muerte. Estuvo muy contento por mi visita. Le di la absolución, recibiéndole de nuevo en el seno de la Iglesia greco-católica, y le prometí que el jueves le traería la comunión. Danciu lloraba de alegría. El jueves siguiente le llevé en un pequeño sobre cinco hostias consagradas. Se confesó con dificultad, con mi ayuda, luego recibió la comunión. Las hostias restantes las dejé para los siguientes días, para que pudiera comulgar por sí solo. Me dijo: “No me había confesado desde que había pasado a los ortodoxos. Sé que dentro de poco moriré y quisiera ofrecer mi vida por todos los que han caído como yo”. Grandes lágrimas bañaban sus mejillas, que sin embargo irradiaban paz y una gran alegría. La gracia de la santa comunión lo había llenado de ternura.

Cuando me disponía a marcharme me dijo: “Tengo tres cajas con libros en el desván de mi hermana: se las regalo”. Nos despedimos llenos de alegría por el deber cumplido. Era la última vez que nos veíamos.

Cuando salí de la habitación, su hermana me preguntó: “Padre, ¿qué le dijo el pasado martes a mi hermano? Nunca le había visto tan feliz”.

“¡Le dije que se iba a morir!”.

Su hermana quedó estupefacta.

“Sabía que no tenía escapatoria, pero ahora ya no tiene miedo, puesto que está preparado”.

Le pedí a su hermana que, si el padre hubiera muerto sin haber consumido todas las hostias, me las trajera todas a mi casa.

El viernes al atardecer el sacerdote Romul Joan Danciu falleció. Su hermana me contó que antes de morir había leído las oraciones de la sagrada liturgia y comulgó todas las hostias. Su rostro estaba sereno y feliz. “Se quedó

con los ojos cerrados. Yo pensaba que estaba rezando, pero viendo que palidecía cada vez más, me incliné sobre él: estaba frío. Había muerto en silencio...”.

Cuando fui a casa de su hermana a ver los libros prometidos, un folio se cayó de un libro. Era la suscripción en la “asociación para una buena muerte”. Esto me hizo reflexionar y me conmovió. La gracia del Señor no había quedado escondida ¹⁰.

EN LA CÁRCEL

El 29 de agosto de 1949, nos dice Joan Ploscaru, fui arrestado con otros cuatro sacerdotes. Desde el principio ofrecí al Sagrado Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de María este nuevo camino. Cada vez que entraba en una nueva celda, durante los 15 años de cárcel, besaba el cerrojo y las rejas diciendo: Señor, todo lo soporto por ti ¹¹.

En el mes de noviembre comenzó el frío y yo no tenía ropa adecuada, Dormía en una tabla de madera con un leño de cabecera y sufría mucho por el frío. Un trozo de manta que me dio un preso liberado me hizo mucho bien, protegiéndome los riñones. De otro preso recibí un jersey ¹². En diciembre de 1949 fui llevado a la cárcel de Timisoara y encerrado en la celda número 2. Mi celda era muy fría, las ventanas estaban rotas. El frío me consumía. Varias veces fui llevado en la noche a los interrogatorios. Me hacían volver a mi celda y, después media hora, me despertaban y nuevamente me llevaban allí.

El frío de la celda congelada consumía mi cuerpo. Encontré un poco de papel higiénico y lo metí en los zapatos. Por la noche la gabardina que tenía no bastaba. Dormía poco y con el deseo de que llegase la hora de despertar para poder moverme. El frío entraba a través del cristal roto, dejando rastros de escarcha sobre la barba y la ropa. La habitación tenía 2.30 metros de larga. En tres semanas adelgacé muchísimo. Rezaba y ofrecía al Señor todo el frío y todas las pruebas a través del Corazón inmaculado de María. Mi estado de ánimo no era malo y rezaba y meditaba todo el día. No solo podía ofrecer a Jesús mis palabras, sino hechos dolorosos. Una de las torturas era la imposibilidad de ir al baño fuera del horario establecido. La retención de orina afectaba a los riñones. Algunos orinaban en la celda, otros en las botas que luego vaciaban en el baño, cuando eran llevados allí. Las celdas olían siempre a orina. En otras prisiones había tinajas malolientes, que yo consideraba como una bendición. El 6 de mayo

¹⁰ Joan Ploscaru, *Cadenas y terror*, Bac, Madrid, 2020, pp. 96-97.

¹¹ Ib. p. 138.

¹² Ib. p. 139.

de 1950 fui llevado a una prisión de Bucarest. El 23 de mayo a la cárcel de Jilava, cerca de Bucarest. Era un lugar húmedo e insano. Los guardias eran gitanos y algunos usaron un truco para evitar inspecciones. Los gitanos, por una superstición antigua, tenían horror a los conejos. Los que tenían algún abrigo de pellico de conejo, lo rompían a trozos y lo ponían en el bolsillo que no querían que revisasen. Cuando el guardia gitano tocaba con la mano la piel de conejo, gritaba y dejaba todo sin controlar.

En esa prisión había campesinos que no habían aceptado la colectivización de sus campos y granjas. También había profesores universitarios y científicos, que rezaban, pero los comunistas decían que no existía Dios. A veces se sentía compasión por nuestros torturadores ateos. ¿Cómo puede sentir la alegría de la vida un hombre que no tiene otra satisfacción que hacer sufrir a otros?

Un día nos llevaron a la prisión de Sighet. Había opositores políticos y sacerdotes católicos de ambos ritos. Como había bastantes sacerdotes, después de despertar a las 5, nos lavábamos. Había en la celda dos tinajas, una con agua limpia y otra para hacer las necesidades fisiológicas. Después del aseo, hacíamos oración y meditación dirigida por algún obispo. En esa cárcel el mayor sufrimiento era el hambre. Para los enfermos de estómago o con ulcera, el régimen alimenticio era el camino más rápido hacia una muerte segura. En esa cárcel hacíamos trabajos como mudar y colocar el carbón y la leña. En el invierno teníamos una estufa en cada celda.

Al acercarse la fiesta de Navidad de 1950, establecimos un programa de villancicos y de meditaciones, ya que no podíamos celebrar misa. En la noche Buena del 24, cantamos suavemente. De repente, se oyeron pasos en el pasillo y se abrió la puerta. Entró el oficial de servicio, que estaba un poco ebrio, y con la pistola en la mano, apuntó al obispo Suciu y le intimó acostarse.

Nosotros no quisimos. Nos amenazó con disparar, imponiéndonos silencio. Después de irse, el obispo Ioan Suciu dijo tranquilamente: “¡No podía haber una Navidad sin Herodes!”. Así nos interrumpieron la fiesta.

¿Pero quién puede interrumpir el vuelo invisible de los pensamientos? Tendidos sobre las camas, con los ojos cerrados, retrocedíamos en el tiempo. Nos encontrábamos en la atmósfera cálida de la infancia, cuando en medio del grupo de cantores de villancicos nos hundíamos en la nieve, cantando ante las ventanas: ¡Oh, que maravillosa noticia!

Ya muy entrada la noche, después de un tiempo de soñar, nos devolvía a la realidad una sensación de hambre que nos atormentaba permanentemente. Así terminó la Navidad de 1950. Nosotros no sabíamos que fuera de la prisión, en

Rumania, estuviese prohibido cantar villancicos por las calles. Comenzaba la dictadura estalinista, con muchas lágrimas y dolor para el pueblo rumano.

Como en todas las prisiones, las comunicaciones entre los detenidos se hacían a través del alfabeto Morse. Un día oí a Pogoneanu —ex alto funcionario del Ministerio de Exteriores— comunicarse con D. R. Ioanitescu, exministro: “No me puedo mover más. Mi pierna está morada, pero el médico no me da nada”. La asistencia médica era inexistente.

Cuando un enfermo llegaba a una fase desesperada o en coma, era “llevado al hospital”. El hospital era una habitación aislada, donde el enfermo era dejado morir en soledad, para que los demás no supieran que había fallecido. Así se mantenía el secreto (una de las enfermedades del comunismo), que era la única preocupación de la administración. Pero en la medida en que ellos se esmeraban en guardarlo, los detenidos, quizás con mayor ingenio y riesgo, se empeñaban en descubrirlo. La prisión era pequeña. Apenas se encendía una lámpara en una habitación, se sabía que un nuevo detenido había llegado o que había sido mudado.

El médico de la prisión se llamaba Lungu. Cuando venía de visita, una vez a la semana, teníamos que estar de pie. Él no entraba en las celdas. Miraba desde la puerta con una sonrisa glacial y, escuchando los lamentos de los enfermos, respondía: “veremos”, y se iba.

La mayoría de los presos de Sighet tenían más de sesenta años y estaban muy enfermos. Pero el médico pasaba por delante de ellos sin manifestar el más mínimo interés, sin decir siquiera una palabras de aliento. El doctor Lungu estuvo allí cinco años. En 1956 se comprobaron los diplomas de los médicos y se descubrió que este era un impostor: había robado los documentos de un médico muerto en Crimea. Fue arrestado finalmente él también. En los cinco años que estuvo en Sighet no facilitó a nadie un solo cuidado médico.

Muchos enfermos morían aislados de los compañeros, sin un vaso de agua siquiera. Se podían oír sus gemidos durante noches enteras. Entre grandes dolores ellos pedían: “¡Agua, agua, agua... dame un vaso de agua!”. El carcelero daba una patada a la puerta, gritando: “¡Cállate! ¡Ahí tienes una escudilla con agua, bebe!”. El desgraciado, vuelto en sí un rato por el ruido, se ilusionaba con que alguien hubiese ido a darle un poco de agua y gritaba más claro y con mayor insistencia: “¡Agua, agua, agua!”. El día siguiente pedía todavía agua, pero con voz más débil, la consonante “p” se cambiaba en “f” De vez en cuando pronunciaba un diminutivo, tal vez llamaba a un hijo o una hija: les llamaba para pedir agua. Tal vez deliraba, la voz se hacía cada vez más floja... luego silencio...

Nosotros asistíamos impotentes, escuchando con el corazón compungido esos gritos desgarradores, que nos penetraban el alma como unas flechas. Entreveíamos nuestro propio final. No nos quedaba más que rezar por el moribundo.

Muchas veces sentíamos una verdadera compasión por nuestras torturadores. Viendo cómo muere un animal, un gato o un perro, el corazón del hombre se encoge por compasión, pero en las prisiones comunistas el sentimiento de compasión no existía: se practicaba solo el odio, bajo todas sus formas bestiales...

A la mañana siguiente, para que no se provocara en la cárcel alguna epidemia, el colchón del muerto era vaciado y las pajas quemadas en el patio. Cuando el humo subía cerca de nuestras ventanas era señal de que de verdad alguien se había liberado de los sufrimientos. Había muerto. La manta y la ropa a rayas eran lavadas por el equipo de lavado y se tendían para secar sobre un montón de leña. Era la única bandera de luto y el anuncio fúnebre anónimo delante del cual nos descubríamos las cabezas y rezábamos. En algunas ocasiones los guardias nos hacían confidencias a los sacerdotes. Tenían más confianza con nosotros que entre ellos mismos. Un día entró uno en mi celda. Yo estaba solo y me contó un problema familiar. Me pidió rezar por él. Lo hice con gozo por poder ser útil. Después de un tiempo se fue a casa y pudo constatar que Dios le había ayudado ¹³.

GUARDIAS COMPASIVOS

Uno de los guardias tenía mal carácter. Un día me contó dónde había estado. Otro día entró en mi celda y se sentó a mi lado, sobre la cama: gesto absolutamente prohibido para un carcelero. Se lamentó de cuánto le costaba — pues tenía dolores de reumatismo— estar de pie doce horas. No podía soportar más y quería marcharse. Yo le consolé, diciéndole que Dios le ayudaría a encontrar otro trabajo más adecuado. Solo entonces me di cuenta de que para este hombre cada movimiento era un suplicio; por ello estaba siempre irascible.

Dios proveyó que encontrásemos en todo lugar hombres buenos. Había pocos, pero no faltaban. Algunos sufrieron por haberse portado humanamente con nosotros. Como fue el caso del comandante del campo y del sargento Hismicher. Ambos fueron condenados a más de veinte años. ¡Mientras la mayor parte de sus presos fue puesta en libertad, estos dos cumplían todavía años duros

¹³ Ib. pp. 180-182.

de cárcel! No sé si después de la liberación los ex-detenidos se preocuparon por lo que había pasado con sus bienhechores.

Dios recompensa cada buena acción, pero las personas tampoco deben olvidar a aquellos que les hicieron el bien, arriesgando la vida. De entre los guardias, el más fiel a nosotros era Florea. Arriesgó muchísimo. Permitió que el padre Ioan Vultur entrara en la celda de Iuliu Maniu para confesarle. Cuando los sacerdotes que formaban el equipo de barrenderos querían entrar en alguna celda —cosa estrictamente prohibida—, Florea estaba atento para que no fueran sorprendidos por algún funcionario de la administración de la prisión. Incluso hizo de cartero, llevando noticias al obispo Ioan Suciú de parte del obispo Alexandru Todea.

Mientras estaba yo aislado, me pidió que rezara por su familia y, viendo que la oración fue escuchada, confió aún más en nosotros.

En vez de recoger cuanta más comida para los cerdos, él nos la daba a nosotros. Me dio incluso una segunda escudilla. Para que no me lo quitaran con ocasión de los registros, guardaba una arriba fin la ventana y otra debajo de la cama. A Florea le apodamos “Picolo”, puesto que era pequeño de estatura, pero tenía un gran corazón. Cuando él repartía la comida y llegaba a mí, miraba para asegurarse de no ser visto por ninguno de sus colegas, me susurraba: “Trae la otra escudilla”. Me llenaba las dos, y añadía: “Escóndelo”.

Después de mi liberación quise encontrarle, pero me enteré de que había llegado ulteriormente a ferroviario y que murió aplastado entre los vagones. Espero que Dios no lo olvide y le recompense por el bien que hizo.

Otro oficial que se portó con nosotros de modo humano fue Vasile Pop. Como nosotros éramos los más jóvenes, nos llamaba “soldados a término”. Me dejó su abrigo para remendarlo y así llegué a ser “sastre”; facilitaba el contacto con el obispo Durcovici y me decía que estaba muy enfermo. Cuando el obispo murió, me acompañó a la celda de donde le sacaron muerto, y pude coger dos mantas y un cristal de ventana.

Lo llamábamos “nuestro hombre”. También él debía participar en las burlas que se hacían a los dignatarios políticos. Me di cuenta que se trataba de un programa oficial para deshumanizar a los detenidos ¹⁴.

La comida era muy mala y muchos murieron. En una cena tomé repollo con callos, oliendo a estiércol con algún rastro de verduras. Los callos no habían

¹⁴ Ib. pp. 210-211.

sido bien lavados. Comí todo con mucho asco, ya que tenía hambre. Poco después empecé a sentir escalofríos y dolores de cabeza con sudor y fiebre. Esa situación continuó después de cada comida y cena. Sospeché que se hubiese infectado el aparato digestivo o el hígado, que era mi problema de siempre. Tras informar al enfermero, este me suministró dos pastillas de quinina. El apetito me había desaparecido. Un día, al policía que me trajo la comida a mi celda le dije que me sirviera un poco. El comandante que estaba en el pasillo se acercó y dijo: Come, aunque sea a disgusto. Aquí lo que pierdas, no lo recuperarás nunca.

CON JESÚS Y MARÍA

Rezaba el rosario completo todos los días: misterios gozosos, dolorosos y gloriosos. Sobre las 10 terminaba y ya podía entretener mis pensamientos con otras cosas. La mayoría de las veces meditaba pasajes de la Sagrada Escritura, u otros temas de la vida de la Iglesia o de la moral, y esto hasta la hora de la comida.

Aunque no tuviera reloj, sabía que la hora de la comida venía anunciada por la presencia de los guardias en los pasillos, mientras que la tinaja con la comida era arrastrada sobre el suelo de cemento. Las llaves abrían con un ruido metálico las puertas de las celdas que separaban un mundo libre de todos los sin nombre.

Digo “sin nombre”, porque nosotros no teníamos nombre, sino que éramos llamados “bandidos”, o si un interrogador quería llamarnos, lo hacía usando el número que habíamos recibido al entrar en la prisión. Mientras estuve solo, fui llamado por el número de la celda donde me encontraba.

Escuchando el ruido que anunciaba la comida, me acercaba a la puerta, esperando que llegase también a mi celda la tinaja de la comida. Como un mendigo, extendía la escudilla en la cual se vertía un cucharón de agua coloreada en la que se veían unas cuantas alubias, cebada mondada o una hoja marchita de repollo. El hambre no lograba apaciguarse. Solo después de la muerte del obispo Ioan Suciú, la comida mejoró algo.

Tras la comida, intentaba descansar, estar tranquilo, para consumir lo mínimo de energía. El optimismo y la confianza en la divina Providencia no me abandonaron nunca en el periodo de mi detención.

Tenía la conciencia clara de no estar solo, que Jesús Salvador, en cuyo nombre me encontraba allí, estaba cerca, me animaba y me daba la fuerza necesaria para que cada día superase todos los obstáculos, la soledad, el frío, el hambre, el desierto y la incertidumbre.

Gran ayuda encontré en mis devociones a la Santísima Virgen María. Jesús en la cruz había confiado la humanidad entera al cuidado y protección de su Madre. Este pensamiento me hacía dirigirme con todo el amor y confianza hacia Aquella que no puede rechazar nunca al que deposita su confianza en su ayuda. Sobre todo, que aquí en la cárcel nosotros representábamos a su Hijo.

El hambre, el frío, el terror, la falta de cualquier forma de asistencia médica habían comenzado a hacer sentir sus efectos. Los organismos más débiles cedían. La muerte estaba cerca y atacaba sin piedad.

El primero de los obispos de la Iglesia católica fallecido fue Anton Durcovici. Murió el 11 de diciembre de 1951¹⁵.

Tuve una gran alegría, cuando después de la muerte del obispo Antón Durcovici el guardián me permitió sustituir un cristal opaco con uno transparente, proviniendo de la habitación del mártir. Desde entonces podía contemplar el cielo, las nubes, los pájaros, los rayos del sol. Cuánta riqueza que solo un encarcelado puede apreciar de modo especial. Solamente en esas circunstancias el hombre se da cuenta de cuán grande es el derroche de dones de la naturaleza con que ha rodeado el buen Dios al hombre. Desde ahora podía observar el vuelo de partida de las grullas, un ángulo remoto que se perdía en la niebla del otoño. La partida de las aves migratorias.

AMIGOS DE LA SOLEDAD

Hasta el momento de mi aislamiento no había tenido la ocasión de estudiar semanas enteras la vida de la araña. Observé que la araña no ve casi nada. Advierte el peligro por la intensidad de las vibraciones de la telaraña, y si esas superan un cierto grado, no se acerca a la presa. El par de patitas delanteras le sirve de antena. Cuando construye la telaraña busca un triángulo o un rectángulo. Una vez hallado, lo controla. Si es adecuado, avanza sobre un cateto, fija el hilo —que sale líquido y se endurece en contacto con el aire— lo alza sobre una pata interior, para que no se enganche, lo lleva sobre el otro cateto, lo tensa y hace la hipotenusa. Tira hilos radiales, luego circulares, un nudo en medio y... la telaraña ya está. Cuando baja, ahorra hilo envolviéndolo sobre una pata. Sobre la telaraña espera incluso dos semanas y, si no cae nada, o la presa es escasa, se marcha. Sale de la habitación en línea recta, orientándose por la corriente. Sabe que la avispa tiene aguja. Si alguna cae en su red, primero le ata las alas y las patas, atacando los miembros más activos, luego se acerca a la parte de la cabeza. No sale nunca fuera de la telaraña. Si

¹⁵ Ib. pp. 216-217.

otra araña cae en la red, llega a ser su presa y es devorada. La araña es un magnífico tejedor.

Delante de la ventana, sobre el muro, había una red gigante. Después de terminar la red, la araña se quedaba bajo la tabla de hojalata sobre el muro, de donde salía al anochecer para quedarse allí toda la noche. El hilo utilizado para subir se ramificaba en dos hacia la red. Para probar si comía algo de fuera de la red, le puse una mosca atada con un hilo de algodón en la ramificación del hilo. Al subir, tomó la mosca con la boca y la llevó sobre la red. Al siguiente atardecer, envolví el hilo para que no pudiera llevarse la mosca, a ver qué hacía. Cuando subió tiró de la mosca. Dándose cuenta que no cedía, la dejó. Cazó lo que se había atrapado en la red durante el día: moscas y mariposas pequeñas, presas minúsculas. Más tarde, después de arreglar los hilos rotos, volvió a la mosca atada. Hizo otro hilo paralelo, cortó el que sujetaba la mosca y la subió sobre la red. Aplaudí la ingeniosidad de aquel instinto y a Aquel que se la había dado.

En otra ocasión, una araña hizo su nido en un rincón. Había construido una telaraña informe, con los hilos mezclados en profundidad. Estando por encima de donde me encontraba yo, le lancé un trapo. Se retiró hacia el fondo. La telaraña fue parcialmente tocada. Un hilo de lana entró en la profundidad de la tela y quedó allí. “Si lo sacas fuera —dije—, te perdono”.

Después de media hora hizo la inspección de su “casa” y encontró el hilo de lana. Tiró, pero este estaba compuesto de muchos pelos; se enganchaba siempre de modo que movía toda la telaraña. Entonces empezó a cortar hilo por hilo, atándolo de nuevo, así la lana caía cada vez más abajo, hasta llegar al suelo. Mantuve la promesa, y la perdoné. La hermana araña.

Al lado de la prisión de Sighet había un edificio muy grande, el antiguo tribunal de la ciudad. Levantándome de la cama, puedo mirar por la ventana. Un día observé bajo el alero de este edificio a los gorriones que construían un nido. Me quedaba durante mucho tiempo admirando su ingeniosidad y la perseverancia con la cual traían hierba, paja u otros materiales para construir su nido. Después de mucha observación, aprendí su lenguaje. Llegué a conocer 22 señales. De una manera canta delante del nido, defendiendo a la hembra que está empollando; otro modo es cuando prevé la alarma remota o próxima; también conocí cómo pía un polluelo que sigue a sus progenitores pidiendo comida. Luego cómo un gorrión macho corteja a su futura compañera. Este — que se distingue por un “babero” negro— se eriza, abaja sus alas y salta alrededor de ella. Esta se abalanza sobre él a pegarle, pero él no pierde el coraje, sigue saltando alrededor; ella busca comida y de vez en cuando se encara contra él, como diciendo: “¿No te da vergüenza?”. Después de un

tiempo, ella se vuelve y vuela tras de él: ya está conquistada. Viene la parte más complicada: encontrar el lugar para el nido. Los gorriones se roban los nidos. Si ha entrado en un nido ajeno, se coloca con el pico hacia afuera y ya nadie puede acercarse. A veces ocupan nidos de golondrinas, pero esos son un poco estrechos para ellos, ya que los gorriones traen paja y pelo de plumas.

Después de que los polluelos salen del huevo, los alimentan con restos de alimentos encontrados por ahí. Puse en la ventana un trozo de polenta, el gorrioncillo venía siempre a llenar su pico y luego volaba. Unas cuantas veces lo vi posándose como si dijera: “Estoy muy cansado”. Pero enseguida volaba de nuevo con mucho coraje. No tienen en cuenta a cuáles de sus polluelos han alimentado, así que dan más comida al que más cerca se encuentra, quedándose el de atrás con hambre. Muchas veces a los de delante les han crecido las alas, mientras que el de atrás está sin plumaje aún.

Después de la salida del nido, los padres les siguen nutriendo unas dos semanas, pero luego les golpean con el pico en la cabeza, señal de haber llegado a la madurez y que desde ese momento cada uno está “por pico propio”.

La madre gorrión llevó a los polluelos hasta mi ventana, desde donde les llevaba la polenta. Ahora podía observarlos de cerca. Al principio todos son iguales, pero más tarde a los machos les crece una “corbata” negra debajo del pico, son más oscuros, y las hembras más grises.

Tienen caracteres distintos. Un gorrión macho, que era el más grande, al llegar a tomar la polenta, pegaba a todos los demás y comía solo. Yo lo llamaba “grosso modo”, y al gorrión hembra que comía lo que quedaba de “grosso modo” y que tenía manchas blancas sobre el buche, la llamé “pequeña buche blanco”. El tercero era “cuentecilla”; le habían crecido unas plumas negras en el buche que parecían cuentas. Este prefería el pan: bajaba a la celda cuando la ventana estaba abierta y saltaba hasta el rincón donde yo recogía las pocas migas de pan.

Todos los polluelos se acostumbraron a mi presencia, de modo que bajaban a la celda y saltaban por todas partes incluso se metían debajo de la cama. El problema es que ensuciaban mucho. Casi cada diez pasos deponían “una monedita”. Tenía que limpiar siempre tras ellos. Cuando descansaba por la tarde, dejaba unas bolitas de pan al lado de la cama, para que, al despertarme de la siesta, me diese cuenta de si habían entrado en la habitación. En el caso de que el pan faltase, era signo de haber tenido visitantes.

Un aspecto de la vida de los gorriones me quedó poco claro, Algunas veces al año, todos los gorriones del barrio se reunían sobre un tejado y estaban inmóviles y en silencio. Llamé a aquello “reunión de duelo”.

A veces se les caía del pico la polenta, o la dejaban en el patio, entonces venían las cornejas y se la comían. Durante casi dos años he seguido la vida de los gorriones, de las golondrinas y de otros pájaros que pasaban por delante de la ventana de mi celda. Muchas veces entendía lo que pasaba fuera solamente a través de su gorjear.

En la primavera toda la naturaleza se despierta; llegaba hasta mi celda el perfume de la hierba, del lilo o las violetas. A veces veía por allí alguna mariposa o algún abejorro. Más a menudo observaba la actividad de las golondrinas que construían sus nidos. Pasaban delante de la ventana llevando paja en el pico.

Una mañana, sobre el alero de una ventana cercana, un gorrión macho muy altanero había ocupado el nido de unas golondrinas. Llegaron, pero sin éxito para las hermosas golondrinas que, vencidas, abandonaron su nido construido el año anterior, dejando al gorrión y a su familia, llenos de orgullo, ¡dueños de un bien que no les pertenecía! ¡Qué buena lección habría sido para tantos que hubiesen tenido “ojos para ver y oídos para oír”!

En el breve periodo de la reproducción de las libélulas diáfanas, sucedía que alguna se extraviaba en mi habitación. La admiraba mucho tiempo: con cuánta maestría había sido creada. Su vida es breve, y hacia el alba volaba hacia el espacio grande que se abría más allá de mi ventana. Volaba hacia la libertad y mis ojos la seguían hasta que desaparecía. Luego, la seguía con el pensamiento...

¡Llegó también la Pascua! La primera Pascua en soledad, ¡en un aislamiento total! Rezaba todo lo que podía y pasaba el tiempo en meditación. Fuera, ¡ningún cambio! Solamente desde lo lejos se oían las campanas, anunciando la Resurrección.

Volvía a la infancia en la Noche Santa, cuando junto a toda mi familia, de la mano de mi abuela, pues tenía mucho sueño, nos dirigimos hacia la pequeña iglesia sobre la colina. Luego, volviendo a casa, todo el mundo se saludaba con el saludo cristiano: “¡Cristo ha resucitado!”, “¡Cristo ha resucitado!”¹⁶.

¹⁶ Ib. pp. 227-231.

Un día, un pajarillo se paró sobre el repecho de mi ventana. Miraba con curiosidad hacia dentro y comenzó a cantar. Me acerqué lentamente y le ofrecí un poco de pan que quedaba del almuerzo. El pajarillo miró miedoso alrededor, luego se acercó al pan y empezó a picotear. Al cabo de unos instantes, siempre mirando alrededor, cobró ánimo y entró en mi celda a través de los barrotes de la ventana, bajando sobre el pavimento, trinando alegremente Su canto era sencillo: unas cinco notas cortas y dos más largas.

Yo estaba inmóvil. Era una visita inesperada, que me llenó el alma de alegría y serenidad. Me parecía una pequeña ironía, respecto a los barrotes que me separaban del mundo exterior. El pajarillo se me acercó, me miró con curiosidad, como si quisiera decirme: “¿Llevas mucho tiempo aquí? ¿Siempre tras estos barrotes? ¿Tú no puedes volar?”.

Había tanta serenidad y confianza en su mirada, que por un rato me sentí libre. Recordé las palabras del Salvador: “Mirad las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas?” (Mt 6,26).

Tenía el sentimiento de que el buen Dios me había enviado intencionadamente este pequeño mensajero de amor y abandono en su Providencia ¹⁷.

HECHOS EXTRAORDINARIOS

El padre Paulus conocía algunos hechos de los cuales deducía que Dios mostraba su poder también en el tiempo presente. Nos contó una historia ocurrida en la localidad de Vinga.

En aquel pueblo, había en la zona de “El Manantial” una estatua de la Madre de Dios, en el campo, adonde se hacían procesiones para bendecir los cultivos. Las autoridades decidieron derribarla. Quizás se trataba solo de una actitud antirreligiosa. Buscaron un voluntario y encontraron a Pál Szél. Este tomó un pico, con la intención de destruir la estatua. Pero en el momento en que levantó el pico para golpearla, sus manos quedaron petrificadas. Las manos se le quedaron paralizadas en esa posición incluso después de que le retiraran el pico. Algunos meses más tarde, el padre Paulus le preguntó al sacerdote de Vinga si Pál Szél seguía paralizado, y este se lo confirmó. Aun explicando aquella rigidez a causa de un trauma nervioso, es significativo por el gesto intencionado.

¹⁷ Ib. p. 244.

Recuerdo que en abril de 1989, pasando en coche por Vinga, vi la estatua de la Inmaculada. Ahora estaba en la iglesia. El padre del sacerdote nos confirmó toda la historia y nos enseñó la estatua. El padre Paulus nos contó también otro caso, ocurrido en Mosnita, localidad cerca de Timisoara, en dirección a Lugoj a través de Buziaj.

En las afueras, en el campo, había una estatua de la Madre de Dios, lugar de procesiones. Las autoridades pidieron voluntarios para destruir esta estatua. Tres conductores de tractor se comprometieron a realizarlo. La ataron con una cuerda al tractor y la tiraron abajo. En los días siguientes los tres murieron en accidentes:

El primero, estaba sentado sobre el remolque del tractor, comiendo, con los pies colgando entre el tractor y el remolque. El conductor avisó de que iba a dar marcha atrás, pero él no lo oyó. Cuando el tractor se movió, este cayó entre el remolque y el tractor y fue aplastado por las ruedas, muriendo en el acto.

El segundo murió en un accidente similar, y el tercero fue hallado muerto en el cementerio, aplastado por una cruz de piedra que le cayó encima. Algunos creían que había entrado borracho en el cementerio con intención de derrumbar aquella cruz, que había sido alzada justo el día anterior, el cemento no estaba todavía duro. Otros afirmaban que, estando borracho, quería solo apoyarse en la cruz.

Incluso si estos tres accidentes hubiesen sido pura casualidad, a muchos les hizo pensar ¹⁸.

EL FINAL DEL OBISPO IOAN SUCIU

En el mes de mayo de 1951 el estado de salud del obispo Joan Suciú empeoró notablemente. Llevaba 12 días tendido en cama sin comer nada. Un domingo entró en la celda el médico, portavoz de la habitación, el hermano Tarsiciú, intervino: “Señor doctor, no podemos ver cómo un compañero se está muriendo sin que se le conceda la más mínima asistencia de especialidad”.

El médico sonrió irónicamente, como si dijera: “No morirá entre vosotros, si así queréis, sino solo, en aislamiento”.

¹⁸ Ib. pp. 362-363.

Una hora después de marchar el médico, se presentó el enfermero. Se dirigió al obispo: “¡Haz las maletas!”.

“¿Adónde le lleváis?”, preguntó el hermano Tarsiciu.

“Al hospital”.

Nosotros sabíamos muy bien que a nadie se le llevaba al hospital, y cuando alguien estaba para morir, se le aislaba de los demás y le llevaban a una celda donde estuviera solo, sin que pudiera haber testigos del fallecimiento.

Así eran las leyes de las prisiones de exterminio. Habitualmente los moribundos eran llevados a las habitaciones inferiores para facilitar tanto la vigilancia como el transporte al cementerio. Sus gritos rasgaban el silencio de la noche, con acentos de dolor, desesperación o agonía. A veces duraban dos o tres noches, luego silencio. El suplicio había terminado... Todos en silencio.

Escuchábamos con un escalofrío de dolor impotente, en la noche, cómo se abría la puerta grande y entraba un carro, probablemente pertenecía a la prisión, porque con este medio se transportaba también la basura o diversas mercancías.

Al difunto se le quitaba la ropa de la prisión, y si no tenía ropa interior, era echado al carro desnudo.

En el cementerio —entonces sabíamos que los muertos en la prisión eran llevados al cementerio judío— había siempre preparadas tres fosas. Cuando alguien moría, el cadáver se echaba en una de las fosas, que enseguida se cubría y nivelaba. Al lado había lista ya otra.

En el año 1980, el obispo Ioan Dragomir me escribió una carta para informarme de que los muertos en la prisión de Sighet no fueron enterrados ni en el cementerio judío ni tampoco en el ruteno, sino en el “de los vagabundos y los suicidas”.

En la prisión, la muerte no era motivo de llanto, sino de sincera alegría. El difunto se libraba ya de sufrimientos. Si era un obispo, su muerte era un punto ganado para nuestra Iglesia, porque murió por Cristo y su Iglesia.

El obispo Ioan Suciú había sido aislado para morir, pero aquella vez se salvó. Fue llevado a una celda en la planta inferior, al número 8; allí recibió un régimen alimenticio a base de sémola hervida en agua. La comida le hizo bien y se recuperó. El sacerdote Alexandru Ratiu se enteró enseguida y nos lo hizo saber mientras barría el pasillo. La noticia nos calmó.

Después de cierto tiempo, el obispo Suciu fue llevado a la celda 44, junto a los demás obispos.

Yo fui aislado de los de mi grupo y llevado a la celda 43. Aun siendo vecinos, nos comunicamos a través del muro. Gracias al equipo de barrenderos, me hizo saber: “¡No te olvides de mí en tus oraciones!”. Y yo le aseguraba mis oraciones, especialmente en la fiesta de san Elías, aniversario de su ordenación episcopal.

En junio de 1953, el obispo Ioan Suciu volvió a enfermar. Me enteré a través del equipo de barrenderos, entre los cuales estaban Aldandru Todea, Ioan Dragomir y A. Lelutiu.

Ante tal noticia, le pedí a Jesús que tomase mi vida en lugar de la del obispo Suciu. Hubiera sido feliz de morir entonces. Las oraciones continuaron unos días. El 27 de junio de 1953, por la noche oí que el obispo Hossu llamaba al policía diciéndole algo. Ese decía: “¿Cuándo?”. No me enteré de la respuesta. El policía dijo: “¡A la cama todos!”. A la mañana siguiente el obispo Alexandru Todca me susurró desde la puerta: “Ioan Suciu ha muerto esta noche”.

Pude saber luego que se había hecho un registro, una noche antes, en la celda de los obispos, en presencia del comandante V. Ciolpan. Cuando llegaron a la celda, y sabiendo que el obispo Suciu estaba enfermo, no insistieron en que se levantara de la cama. Incluso preguntaron cómo se sentía. Tanto él como los demás afirmaron que se sentía mejor, al menos desde el punto de vista espiritual. De este modo, por estar consciente, se libró de ser llevado al aislamiento. Murió por la mañana. Los demás obispos celebraron el oficio fúnebre y recitaron otras oraciones; solo después avisaron al guardia.

Enterándome de la muerte del obispo Ioan Suciu, me puse un poco triste, porque Dios no hubiera recibido la entrega de mi vida a cambio. Pero después de haber rezado por el alma del difunto, me alegré en el espíritu porque Dios había ganado un punto más en nuestra victoria. Después de Vasile Aftenie y Valeriu Traian Frentiu, el obispo Suciu era el tercero. Me dije: los húngaros no le habían fusilado, pero le han matado los rumanos con una muerte lenta, en la cárcel. Desde entonces consideré a Ioan Suciu un santo y me dirigía a él en oración con toda confianza y familiaridad. Estábamos aún en el régimen del hambre. Le pedí asiduamente interceder por nosotros ante Dios, para que mejorara el régimen alimenticio, a causa del cual él había muerto.

Para mi estupor y alegría de todos, desde el 1 de julio de 1953, tres días después de la muerte de Suciu, el régimen alimenticio mejoró de improviso: se nos daba el doble de comida que antes.

Yo consideré que verdaderamente el obispo Ioan Suciu había intercedido y escuchado nuestro deseo, ya que hasta aquella fecha la comida era más bien en forma de pienso; en esas condiciones, nadie podía sobrevivir mucho tiempo.

Estoy seguro de que sus oraciones, junto a las pruebas de amor dirigidas a Dios, serán siempre escuchadas, tanto en las peticiones particulares, como aquellas por la libertad y la prosperidad de la Iglesia.

Más tarde, pude saber a través de los barrenderos que el obispo Ioan Suciu había sido sepultado en ropa interior, señal de que tenía la suya o que se la habían dado los colegas de celda, para no ser echado desnudo a la fosa. El obispo Ioan Suciu murió en una celda del primer piso. Cuando lo llevaron, lo arrastraron de los pies por el pasillo y hasta abajo por la escalera: su cabeza rebotaba en cada escalón. Fue tirado al carro y llevado al cementerio de los vagabundos y los suicidas ¹⁹.

El 27 de septiembre de 1955 nos dieron los certificados de liberación. Cada noche renovaba mi ofrecimiento de la vida y la aceptación de la cárcel, que consideraba inherente. De hecho el 15 de agosto de 1956 me volvieron a arrestar. Me llevaron a la cárcel de Timisoara. Estuve en una celda de la segunda planta del subterráneo. Sobre la pared había una gran cruz latina dibujada sin rayar el muro. Las líneas de la cruz estaban trazadas con un instrumento gastado, de modo que se veían solo unas rayas luminosas sobre el muro blanco mate.

Poco a poco me fui tranquilizando y una gran paz inundó mi alma. Sentía que la protección de la Virgen estaba cerca. Ella nunca me abandonó. Deseaba ofrecerle algo. Pero en esta pobre y oscura celda, ¿qué hubiera podido ofrecerle? Yo no tenía nada, era un siervo y me ofrecí como siervo a la Madre inmaculada. Siervo para siempre ²⁰.

El 29 de junio de 1957 me llevaron a Malmaison. Fui llevado a una celda solo. Había ducha y retrete. Las ratas salían desde el canal. Intenté tapan la abertura, pero ellas empujaban la tapa y entraban en mi celda. En el otro lado ponía a secar la ropa que lavaba en la ducha. Las ratas entraban en la celda y se escondían en la colada. A las pequeñas las dejaba en paz, no les tenía miedo. Las grandes en cambio eran muy feas y peligrosas. Roían y tiraban todo lo que alcanzaban. Intentaba alejarlas como mejor podía. De noche era muy desagradable ²¹.

¹⁹ Ib. pp. 246-249.

²⁰ Ib. p. 347.

²¹ Ib. p. 349.

Me hicieron juicio y me condenaron a 15 años de trabajos forzados y 8 años de pérdida de ciertos derechos civiles por el crimen de traición a la patria. Además 8 años de trabajos forzados por instigación al crimen de traición a la patria. Otros 8 años de trabajos forzados por la tentativa de crimen de traición a la patria y 8 años de prisión y 5 de interdicción correccional por conspiración contra el orden social con la conmutación de la pena desde el 14 de agosto de 1956.

Estuve en la cárcel de Uranus y después en la de Pitesti. En esta última observé cuán grande es la sed de la palabra de Dios en los detenidos. Aceptaban rezar y meditar juntos.

CÁRCEL DE EXTERMINIO

El reglamento de la cárcel era más duro que el de cualquier otra penitenciaría. Esta aspereza inhumana era prueba de que no se intentaba solamente nuestro aislamiento sino la destrucción, el exterminio físico.

Durante el día estaba prohibido acostarse en la cama. Nos obligaban a sentarnos sobre un banco sin respaldo, de modo que llegábamos a la noche agotados. Se hablaba en voz baja, estando prohibida toda conversación. Por la noche debíamos plegar el uniforme de rayas y dejarlo sobre el banco, para no cubrirnos con él. Estaba severamente prohibido usar la sabana para cubrirse.

En invierno las ventanas debían quedarse abiertas (para que hubiese “aire fresco”, decían ellos), y en verano, se cerraban. También se castigaba a todo el que intentara hacer ejercicios de gimnasia.

La prohibición de la oración por parte de la administración, no nos hizo renunciar a ella, sino que rezábamos con más celo, convencidos de que Dios estaba de nuestra parte y nosotros de la suya.

Cada día, desde que nos levantábamos a las 5, y hasta las 10, todos nos manteníamos en silencio, en oración y meditación prolongada.

Las visitas de los interrogadores del Ministerio del Interior eran bastante frecuentes. Ahora ya no nos ponían como condición para salir de la cárcel el paso a la Iglesia ortodoxa, sino que bastaba una declaración de renuncia al sacerdocio y el compromiso de dedicarnos a otra cosa. Sin embargo, después de

haber resistido tantos años a tantos sufrimientos, privaciones y amenazas, estábamos preparados para morir: no lograron convencer a ninguno ²².

MOZO EN LA FÁBRICA DE MUEBLES

En verano del año 1964 empezaron las liberaciones. Los “reeducables” que habían quedado hicieron discursos autocríticos y aceptaron los compromisos. El programa suponía que todos pasaran por estas “horcas caudinas”. Pero no hubo tiempo para terminar aquella mascarada. La orden de las liberaciones suprimió el resto de “exámenes”. Los detenidos salían en grupos.

Como algunos de los que habían trabajado en la fábrica de muebles de la prisión habían sido liberados, quedaron puestos vacantes que debían ser ocupados por los presos de las celdas de aislamiento. Así fueron llevados algunos de nuestra celda también. Yo, estando enfermo, quedé entre los últimos.

A finales del mes de junio de 1964, fui enviado al trabajo. En la fábrica había jóvenes que se habían cualificado como torneros, fresadores o como tapiceros. Nosotros, recién llegados, no sabíamos nada, y fuimos enviados a los trabajos no cualificados. Heme aquí convertido en burro de carga.

En mi nueva función transportaba los materiales con un carrito. Los materiales debían ser apilados, así que cada día vagones de materiales debían ser cargados, descargados, apilados —un trabajo que superaba nuestras fuerzas, las de quienes habíamos vivido tanto tiempo en aislamiento y hambre—. En mi caso se añadía el estado de salud, pues el hígado me dolía continuamente.

Fui asignado para este trabajo junto a un detenido llamado Zimmermann, un judío de Arad o Timisoara. Estaba sano y sabía cómo arreglarse para hacer el mínimo esfuerzo. Fue un periodo muy difícil para mí, y al atardecer caía rendido.

En el mismo periodo fui llevado a una celda grande, donde estaban los “reeducados de primer grado”. Todos estaban pendientes por si hacía algún gesto no permitido, como una señal de la cruz o rezar ²³.

LA LIBERACIÓN

²² Ib. pp. 416-417.

²³ Ib. p. 441.

Por fin el 4 de agosto de 1964 fui incluido en el grupo de los que iban a ser liberados. Éramos liberados, pero no reeducados, no éramos reeducables, no habían podido con nosotros. Me dieron el documento de identidad el 1 de septiembre de 1964. Pero tenía la letra K, que significaba que era agraciado, pero no reeducado. Con este documento, donde quiera que me presentase, sería tratado por las autoridades como un evadido, incluso un forajido. Durante 4 meses debía renovar mi visado una vez al mes. Las autoridades me exigían tener un trabajo civil para que no me dedicara al ministerio sacerdotal, al menos a tiempo completo. Dios vino en mi ayuda y por la enfermedad del hígado que contraí en la cárcel reclamaba tiempo de tratamiento y de dieta. Casi dos años estuve con la dieta. La enfermedad del hígado la tenía como un pretexto para no empezar a trabajar.

En Cluj mi hermana seguía como profesora. Mi cuñado, que había estado unos años en el canal, no fue luego readmitido en la enseñanza, sino como administrador de una escuela para discapacitados mentales. Su hijo estaba enfermo, sufría manía persecutoria; creía todo el rato que estaba vigilado por la "Securitate". Muchas personas, en aquellos tiempos, perdieron el control a causa del excesivo periodo de terror en que habían vivido.

En la casa de mi hermana encontré ropa, calzado, todo en muy buen estado, como para un nuevo tiempo de cárcel. Ella lo había preparado todo para enviármelo tal como se lo había pedido, convencido de que no iba a ser liberado.

Mi hermana me dijo también que nuestro padre había muerto dos meses antes. Nuestra madre seguía viviendo en la casa, junto a una nieta. Pensé visitarla durante los días concedidos de manera excepcional, aunque nada me indicaba un clima de libertad.

Un primo mío, Sálágean, se ofreció para llevarme a Frata en moto, para ver a mi madre. Montamos y partimos. Vi a mi madre en la calle, y aunque era ya anciana, perseguía corriendo a dos cerdos para hacerles entrar en el patio. ¡Seguía igual de vivaz que siempre! No se paró a mirar a los dos motociclistas con los cascos puestos. Ni siquiera nos prestó atención cuando entramos en el patio. Le dije: "Somos del Consejo Popular. Hemos venido a ver cómo estáis por aquí".

Sabía que recibían con frecuencia ese tipo de visitas nada agradables. Ella respondió un poco aburrida: "Pasad".

Me acerqué y la abracé: "Mamá, ¿no me reconoces?".

Solo entonces se dio cuenta y echó a llorar. “Si hubiera vivido tu padre todavía, que decía siempre que tú estabas muerto y que nunca te podría volver a ver...”.

Estuve con mi madre hasta el día siguiente. La escuchaba continuamente. Hablaba de la muerte de mi padre y de otras adversidades. “Estás muy delgado”, observó ella.

“Mamá, en la prisión no se está tan mal como se dice por ahí”, intentaba yo atenuar la magnitud de las noticias de terror que ella había escuchado, fuera también hay personas que están enfermas, oprimidas, pobres y que están más atribuladas aún...”.

Ella se alegró de que no me hubiera ido tan mal en la cárcel. Era una mujer creyente. Así que entendía el sacrificio por la fe, aunque no mostraba tanto entusiasmo por él, sobre todo al mirarme.

Le dije en broma: “En la prisión es como aquí en esta habitación, solo que allí éramos unos grandes señores: otros nos cerraban y nos abrían la puerta”. Ella se rio...

El día siguiente visité a dos primos míos, y por la tarde mi primo Visinel vino con la moto del pueblo vecino, y volvimos a Cluj. Me estaba esperando Dumitru Sálágean, junto a quien había vivido en Lugoj. Me había traído algo de ropa desde casa; habiéndose enterado de mi liberación vino a verme. Estaba de vacaciones. Me contó cosas de Lugoj. Ya tenía pensado dónde me podía alojar ahora después de la puesta en libertad. Tenía unos cuantos días más de vacaciones²⁴.

VIGILADO PERMANENTEMENTE

Desde 1964 en que salí de prisión consideraba mi libertad como profesional. Aparte de estar vigilado cuando salía de la ciudad, habían colocado micrófonos en mi casa. Yo no había escondido nada, la correspondencia estaba abierta siempre para que pudiesen leerla fácilmente; todo lo que quería lo había repetido durante 15 años de prisión. Sin embargo, seguían queriendo intimidarme.

En el año 1972 decidimos cambiar el cable de la corriente eléctrica. Vinieron dos electricistas y trabajaron unos días. De repente fueron llamados y

²⁴ Ib. pp. 450-451.

cuando volvieron eran tres. El tercero era un mayor de la “Securitate” de Timisoara, vestido de trabajador. Vino para recoger el micrófono escondido en el conmutador eléctrico. Nos parecía sospechoso. Cuando se fue, el electricista más joven nos dijo que había recogido un micrófono que estaba escondido allí.

En otra ocasión fuimos convocados por la policía en otras ciudades. En aquel lapso de tiempo instalaron otros micrófonos en sitios distintos. Algunos dicen que la “Securitate” disponía de aparatos que permiten localizar y escuchar a una distancia considerable.

En 1985 el sacerdote ortodoxo Liviu Negoită fue convocado por la “Securitate” e interrogado sobre las cosas que hablaba con nosotros. Él contó lo que habíamos hablado. El oficial le insistía en que especificara en cuál de las habitaciones habló con nosotros. De hecho, había hablado en el patio, así que no pudieron conseguir interceptar nada a través de los micrófonos.

A causa de la difusión de unos manifiestos escritos a máquina, todas las máquinas de escribir debían ser declaradas en la policía, junto con una ficha con los caracteres. Nadie podía poseer una máquina de escribir sin autorización. De este modo tuve yo también que declarar la máquina de escribir, pero sin conseguir la autorización. Tenía que venderla o llevarla al punto limpio. Como era casi nueva, decidí regalársela a la policía. Escribí una petición y luego se presentó un teniente para llevarla...

Algunos decían, en broma: “¡Desde ahora se deberían registrar incluso los lápices!”. Lo cierto es que mis años de prisión fueron una cruel realidad que ofrecí con alegría, en cada momento, por la libertad de la Iglesia y por la conversión de mi país.

Hasta 1989 en que cayó el gobierno comunista siguió vigilado por la policía. Murió el 31 de julio de 1998.

CONCLUSIÓN

Después de leer atentamente lo expuesto anteriormente, podemos concluir diciendo que vale la pena ser católicos y vivir la fe en plenitud, porque en momentos difíciles, cuando la fe está puesta a prueba y nos ofrecen el oro y el moro para traicionar a los compañeros o para vivir en libertad, entonces podremos comprobar que Dios siempre está a nuestro lado y nos consuela y da fuerzas para seguir adelante. Al final, Dios nos premiará. Qué importa vivir diez o veinte años más, si al final todos vamos a morir y todo lo que hemos hecho o dejado de hacer en este mundo será juzgado por nuestro buen Dios.